

GUERRA DE LOS TALONES

(La gran marcha cívica)

*Por: Orlando Mercado Chávez
Comentario: Cap. Gustavo Melgar G.*

Año 1994

GERRA DE LOS TALONES

(La gran marcha cívica)

Por: Orlando Mercado Chávez
Comentario: Cap. Gustavo Melgar G.

GUERRA DE LOS TALONES

(La gran marcha cívica)

Por: Orlando Mercado Chávez

Comentario: Cap. Gustavo Melgar Guerrero

Tal cual es su personalidad en la vida real, sencilla, amena y locuaz, así es el estilo de éste mi buen amigo escritor.

Esta es una apreciación propia, después de haber leído su primera entrega literaria, “**EL NUEVO ORDEN**”; confirmada ahora con la lectura de estas páginas de su última obra inédita “**GUERRA DE LOS TALONES**”.

Es una relación de pasajes vividos por cinco amigos de la juventud, a quienes les tocó desempeñarse como protagonistas en la luchas, que el pueblo cruceño, tuvo que afrontar para conseguir lo que legítimamente le correspondía, y que los gobiernos de entonces le negaban.

Es un buen trabajo “**LA GUERRA DE LOS TALONES**”, en el que Orlando muestra la fluidez de su vena en el genero narrativo. Gustará en nuestro medio y fuera de él; sobre todo a los orientales asentados en otras regiones y que viven más de las nostalgias.

Será grato para el lector conocer la epopeya de estos cinco centauros modernos, que, lanza en mano, cabalgaban en su Jeep Willys decididos a vender cara su vida, presentando el pecho desnudo al invasor Colla, que desata una incursión punitiva contra un pueblo indefenso.

Son tropas regulares e irregulares con su dotación de guerra, reclutados de los valles de Cochabamba y en las minas altiplánicas. Vienen comandados por militares sin escuela, hechos a machete en las arenas del Chaco; tiene ser de sangre y de hacer con los hermanos de la llanura, lo que no pudieron hacer con los pilas.

La narración de ésta marcha forzosa nos transporta a escenarios enmarañados, bajo un sus y chilchi persistente que transforma en un lodazal la única senda, y ni qué decir del hambre, o de la angustiosa espera del combate o de la emboscada artera que nunca llegaron, soportables sólo con el temple de los años mozos.

La peripecias por las que atravesaron estos cinco camaradas, las vivieron otros 360 o más marchistas.

Después de muchos años, se mantienen en el recuerdo los cafecitos de Josecito Parada y caldo de bentones que hicieron Fito Saucedo con el Dr. Leigue en un balde acarrea leche. Pero las historias más contadas, deben ser sin lugar a dudas las del Quo Vadis Domini y la del sacrificio del caballo, que Orlando presenta fidedignamente en este trabajo que nos ocupa.

Me parecieron acertadas las apreciaciones del autor sobre lo que se hizo y sobre lo que debió hacerse. Es cierto cuando afirma de que no todos estábamos de acuerdo, con el rumbo que el presidente y directorio de la Unión Juvenil Cruceñista le dieron a la columna, porque más allá del Surutú la zona era abrupta, inhóspita y deshabilita; pero en la guerra las órdenes se cumplen y no se discuten.

Mucho se me dio, cuando me quedé solo en el monte, el hecho de haberle negado al cadete Arustra, el pedido de arrojar su ametralladora liviana a un pozo. “Mire, me dijo”, que ésta no es marcha de acercamiento al enemigo, es más bien de alejamiento y ,

además, Caín Versellesi escuchó en el comando, que en dos días más nos devolverían el juramento de morir por Santa Cruz y que, luego vendría el sálvese quien pueda.

Comparto plenamente la idea de Orlando, cuando plantea que en la ciudad capital, se debe abrir una avenida de la cruceñidad, para perpetuar en la memoria de las generaciones venideras, el recuerdo del comportamiento heroico de los jóvenes cruceños, que se constituyeron en el brazo armado de las aspiraciones del terruño en los años 1957 y 1959. La Unión juvenil Cruceñista, merece un sitio de honor en el corazón de éste pueblo.

INTRODUCCIÓN

Me ha motivado escribir sobre las luchas cívicas, que buscaron reivindicar nuestros postergados derechos como pueblo, porque a casi cuarenta años de haber transcurrido los hechos, muchos de los entonces jóvenes luchadores de la Unión Juvenil Cruceñista, nos encontramos ahora entre los cincuenta años arriba, y creo que sería agradable recordar los momentos hermosos, que pasamos en la retirada de nuestras pequeñas y mal adiestradas fuerzas armadas, las que, a falta de armamentos, llevaban dentro de sus pechos el coraje que sólo dan los años mozos y el amor entrañable por su terruño.

He escogido el título de **“GUERRA DE LOS TALONES”**, no con la intención de estigmatizar algo tan bello como el valor demostrado por la juventud de ese entonces, sino; simplemente para pinar los pasajes vividos, los que, por la forma en que serán contados, nos harán sonreír y volver a evocar esos hermosos momentos.

No pretendo, en absoluto, herir los sentimientos de aquellos que pudieran ver algo vergonzoso en ésta título. Estoy seguro de que nadie lo tomará así; pero en caso de que alguien se sintiera agredido u ofendido, le pido humildemente su comprensión y tolerancia.

La historia que contamos está relatada en anécdotas, y trata principalmente de los sucedido a cinco buenos amigos, que oscilaban entre los diecisiete y diecinueve años. A estos y a los más de trescientos luchadores cívicos que compartieron con ellos esta vía crisis, va este homenaje, ya que fueron olvidados por propios y extraños. El paso del tiempo y el cambio de mentalidad que sufrió nuestra sociedad, hicieron que estos actos quedaran en la oscuridad y olvido, de donde vemos que las nuevas generaciones, prácticamente poco o nada saben de los orígenes de nuestra actual prosperidad.

El presente trabajo no tiene en absoluto la intención de apuntar ni censurar a nadie en particular, que no es mi interés hacer una crítica histórica a las posiciones de cada cual, dentro del problema de nuestras regalías, y creo que más bien, gracias a Dios, todo este movimiento caminó en dirección, donde los actores del drama cruceño, no tuvieron que lamentar hechos graves e irreparables, que hubieran dejado odios y rencores profundos entre sus componentes y, más bien, justificando a unos y otros, se presentó la coyuntura histórica que desencadenó una era de bienestar para nuestro pueblo.

Es importante recordar que el avance de nuestra sociedad, debe estar aparejada a no perder nuestra ancestral de hombres buenos y generosos, y que más bien contribuyamos desinteresadamente en el rescata de nuestras bondades, para forjar una paria chica que dé a todos la oportunidad a un desarrollo dables y justo.

Santa Cruz de la Sierra era una ciudad tranquila, donde la vida de su gente pasaba en un estado de semiletargo y totalmente olvidada por el gobierno central. Pueblo hospitalario y amable, que de vez en cuando se sublevaba contra ese atraso en que se encontraba y era causado por la permanente desidia de los gobiernos altiplánicos de turno.

Su historia en esa época se desarrollaba somnolienta y tranquila, hasta que una generación de jóvenes valientes y luchadores, tomó como suyas las armas de lucha por el desarrollo de su pueblo mucho tiempo postergado, y, formándose un grupo homogéneo, creó el Comité Cívico.

Es bueno hacer mención entre ellos a estudiantes universitarios de ese entonces, como justo reconocimiento de un pueblo noble, siendo entre estos Nando García V y Chato Oyola principalmente, y otros que desgraciadamente no tengo en mi memoria, los que en calidad de dirigentes de nuestra casa superior de estudios, izaron las

banderas de nuestras luchas; construyendo, en consecuencia, una sociedad civil fuerte y pujante, la cual nos legó el bienestar que hoy muchos disfrutamos.

Cuanta añoranza y recuerdos por esta Santa Cruz de nuestros años mozos, con sus calles arenosas y polvorientas, que cuando llovía, se transformaban en sendos y turbulentos ríos, como el río Telchi sobre la calle Arenales, y otros que hacían difícil su cruce por lo profundos y torrentosos que eran, los cuales una vez cumplían su cometido de vaciar las calles de la plácida ciudad, dejaban grandes lagunas en ellas, en especial en la esquina que forman las calles Bolívar y Murillo, donde vivía con mi hermano Mario y mis queridos y entrañables tíos Urbanita Chávez H e Ives Antelo A., además de mis primos Germán , Sonia, Walter y Eduardo.

Como la chispa y el ingenio son características del hombre oriental, uno de los vecinos, haciendo broma de nuestro atraso y precaria situación urbanística, puso un letrero a orillas del gran lago, el que aparte de significar una queja contra nuestras autoridades de ese entonces, significaba el rechazo que se sentía por ello.

El letrero decía:

PROHIBIDO PESCAR, recalcando con letras más grandes, “**CON DINAMITA**”.

Este estado de cosas, como era de esperar, a la larga llegó a crear un estado de descontento en los diferentes sectores de nuestra sociedad, que en ese entonces no pasaría de los cincuenta mil habitantes, y especialmente, en su juventud.

Como consecuencia de la lucha universitaria y estudiantil por la defensa de la Autonomía Universitaria, se fermentó un rechazo generalizado a la represión ejercida y otros vejámenes cometidos por

nuestra gente y occidental, que anteponían y seguían consignas partidistas contra la dignidad y libertad de nuestro pueblo.

Lo que colmó la paciencia ciudadana y culminó con la rebelión de éste pacífico pueblo, fue la agresión ejercida en ese entonces por las huestes del gobierno, que en la lucha desapareja arremetieron contra los estudiantes con palo y guasca, de donde los muchachos nos defendíamos con hondas y dotaciones de bolas de barro y frutas de Totaí, sin desmayo ni flaqueza.

Estas pugnas, crearon una confrontación con el gobierno central de imprevisibles consecuencias, la cual terminó con la retirada de los pocos pero valientes y bravos unionistas, hacia las inhóspitas y selváticas serranías del Amboró. Pero sí es bueno recalcar, que sin derramar sangre nuestra ni ajena, este acto de valor cívico, logró una rotunda victoria para nuestro pueblo, ya que se consiguió por fin la aplicación de la ley de regalías que llevaba 20 años de promulgada, pisoteada y distorsionada por los gobiernos que se fueron sucediendo.

La ley de referencia fue la que marcó el punto de arranque para nuestro desarrollo actual, de donde hoy tenemos la suerte de vivir en una Santa Cruz de la Sierra moderna, que ha recibido el sobrenombre de “**CIUDAD DE LOS ANILLOS**”. De ahí que sea un deber para todo cruceño, conocer esta parte de nuestra historia, que, contada en anécdotas, busca mantener y profundizar seas nuestras condiciones espirituales de hombres de la llanura, para hacer que esta bendita tierra sea buena para todos.

Como en todo acontecimiento histórico donde hay lucha y confrontación, no faltan aquellos que caen en la batalla, Aquí también los tuvimos; de ahí que como pueblo debamos imponernos la obligación de no olvidarnos de nuestros héroes, perpetuándolos en nuestra memoria y nuestros corazones.

Es básico e importante recordar las luchas cívicas en nuestros edificios, calles y avenidas, mostrándolas con orgullo de nuestra identidad a propios y extraños, como monumentos al valor de nuestros mártires, ya que estos dieron sus vidas por nuestro futuro.

En todo proceso político y social existen enemigos internos tanto como externos, cosa que en nuestras luchas cívicas no fue una excepción. Tuvimos elementos nuestros que priorizaron sus intereses partidistas, subalternizando sus conciencias en desmedro de su hogar y región. Estos individuos fueron los que actuaron como quinta-columnistas infiltrados dentro de nuestras filas, sirviendo al gobierno central. No pretendo reprocharles su accionar, porque de todas maneras dentro del proceso que nos tocó vivir, actuaron para que éste se produjera y así todo resultó para bien de nuestro pueblo, siendo, por lo tanto, no rechazados, más bien perdonados.

Como la capacidad de misericordia de nuestra gente es inmensa, ellos viven integrados entre sus hermanos de la patria chica, sin resquemores ni revanchas.

En fin, lo que busco con este trabajo, el que está hecho con mucho amor por el terruño, es, aparte de hacer una cronología de los hechos, principalmente llevar un verdadero mensaje de solidaridad y hermandad, para todos los que pueblos esta heredad. Sena oriundos o no, un mensaje que contribuya a mostrar los valores un poco dormidos pero no olvidados, de la tradicional hospitalidad del de los llanos orientales.

CAPITULO UNO

Los acontecimientos que generaron las luchas estudiantiles por la defensa de la autonomía universitaria, fueron de intensidad inusitada, para el estado de control del gobierno a que estaba sometido nuestro pueblo. Lucha un tanto despereja, pero que logró el objetivo de una mayor participación del estudiante en los destinos de la universidad, y como consecuencia de esto, trajo aparejado un despertar de la sociedad cruceña, en la necesidad de iniciar o emprender un movimiento, que fuera capaz de sacar a la región de la postración en que se encontraba.

No pretendo politizar este trabajo, lo digo con toda sinceridad, pero creo que es de honestidad histórica el reconocer que las luchas por la reivindicación de nuestro once por ciento, fueron apoyadas en forma activa por militantes jóvenes del partido de oposición de ese entonces, **“FALANGE SOCIALISTA BOLIVIANA”**, con Carlos Valverde, Sapo Melgar, Chaicita Serrate, y muchos más que liderizaron a esta multitud cívica en la lucha emprendida.

La sociedad cruceña sufría en ese entonces, vejámenes de todo tipo, por acción de los sicarios del gobierno de ese entonces, de donde experimentamos atropellos cometidos contra cualquier ciudadano, muchas veces sin importar su ideología o militancia política; cayendo en la represión algunos elementos simpatizantes y aún partidarios activos del gobierno. Este estado de cosas no era suficiente, como para que la juventud, se encuevara en sus viviendas y no intentaran llevar una vida normal.

En este ínterin de cosas, un grupo de amigos, entre los que se encontraban Orlando, Freddy Parra y Freddy Bustamante, conversaban y se distraían tranquilamente, haciendo bromas con unas amigas que habían conocido en un buri (fiesta Camba) esa noche.

Se encontraban sentados despreocupadamente sobre un banco, de la plazuela Blacut, que da a la avenida Velarde, riendo de los pasajes gratos que habían pasado durante la fiesta. Eran casi las diez de la noche, y las muchachas les habían pedido a nuestros amigos, que las acompañaran a sus respectivos domicilios; pero estos retrasaban la retirada chacoteando entre todos, olvidándose por un momento, que los sicarios del control político empezaban a patrullar la ciudad, precisamente desde esa hora.

Este permanente control de la ciudadanía, transformaba las calles de la ciudad en zonas de poca seguridad, pues los agentes del gobierno apaleaban a cualquier transeúnte, y muchas veces se las llevaban presos a las celdas policíacas, sin importarles un comino que, en algunos casos portaran cartones que los identificaban como partidarios o simpatizantes del régimen.

Entre risas y risas fue pasando el tiempo para nuestros muchachos, en esos momentos no existía peligro; estaban felices. De pronto, de un lado de la plaza de Armas, sobre la avenida Velarde, se divisaron los faros encendidos de un vehículo que se acercaba lentamente, sorteando los innumerables pozos que existían en nuestras arenosas calles.

Orlando, mostrando signos de gran preocupación: Dijo a sus amigos. Bueno, muchachos, parece que vamos a tener visita del control político, por lo tanto, propongo que nos escondamos, si no queremos tener líos y terminar nuestra velada, en las celdas de la calle Bolívar. Conforme se fue acercando el vehículo, motivo de la inquietud de nuestros amigos, se definieron las características del mismo. Este era un Jeep Toyota color plomo, inconfundible, pues nadie más que ellos los usaban.

Orlando, cada vez más preocupado y nervioso, repitió: **Muchachos, ¡a esconderse!**

Freddy Parra, muchachote alto y delgado, militante de la juventud del partido, se negó rotundamente a esconderse, proponiendo en cambio: Será mejor que ustedes, que no son del partido, desaparezcan; pero me dejan a las peladas. Yo me encargo de todo.

Ante el peligro que significaba caer en manos de los sicarios del Ministerio del Interior ó de los marinistas. Orlando se encaramó en un árbol de Bobosi que estaba al frente del Consulado del Brasil en ese entonces. El otro, Freddy Bustamante, buscó resguardo seguro entre las matas que existían en la poco cuidada plazuela, no tuvieron que esperar mucho para ver que el Jeep del Control Político, llegaba adonde se hallaba nuestro amigo Freddy acompañado de las tres muchachas.

Paciente, nuestro amigo, tenía la seguridad de que su militancia le serviría de algo. Y no se equivocó del todo. Del vehículo bajaron dos agentes con fusil en mano, y dirigiéndose hacia el grupo, increparon al muchacho: ¡Y vos, carajo!, ¿Qué hacer por acá a estas horas y con estas locas?, ¿Por qué no están ya en sus casas?. Parece que lo que quieres es que te saquemos la mierda. La andanada de preguntas, cayeron como un balde de agua fría sobre el espíritu del militante.

Freddy, un tanto intimidado, pero todavía algo seguro de sí mismo, contestó, sacando su carnet de afiliado y dirigiéndose al agente que le hacía preguntas: Agente, venimos del velorio de una tía, nos sentamos a descansar un rato, pero ya nos estábamos retirando a nuestras casas.

Ante la belicosidad que se veía en los rostros de los agentes, emprendió una apresurada retirada, intimidado por la agresividad de estos elementos altioplánicos. **¡Para, Carajo! Se escuchó. ¿Adonde crees que vas?**, le gritó el agente que conducía el Jeep,

que en ese momento se encontraba arrimado contra el vehículo. Parecía ser el jefe. A ver, tráiganlos a todos para acá que quiero verlos, ordenó.

Empezó el interrogatorio. Ustedes no están solos preguntaban insistentemente. **¿Dónde están los otros?**, llovían las preguntas mientras miraban amenazantes a los asustados muchachos. Durante varios minutos, que para los del grupo fue una eternidad, llegó la propuesta; Dicen dónde están los otros y los dejamos ir tranquilos, repetían constantemente. La voluntad de los interrogados flaqueaba por instantes, para luego, manteniéndose firmes en su posición, contestar siempre lo mismo. No mentimos. Señor estamos solos. Se lo juramos.

Reuniendo fuerzas de flaquezas. Freddy dijo. No hacíamos nada malo y ya nos íbamos; aparte de que yo soy militante de la juventud del partido, reclamó el ya asustado jovencito. Mostrando sus documentos.

Sin hacer caso alguno a los ruegos y justificaciones, el jefe autoritariamente ordenó. **¡Vamos!. Súbanlos al Jeep. ¡Rápido!**, no importándoles un pepino los documentos exhibidos, procedieron a cumplir la orden recibida y a empujones, subieron a Freddy por la parte trasera del vehículo y a las muchachas repartidas entre ellos, que temblando de miedo no articulaban queja alguna. Así todos emprendieron la marcha, hasta completar la ronda durante toda la noche.

En el trayecto de dijeron a Freddy: Te salva de que, te tiremos una reverenda pateadura el que seas militante del partido; si no; te sacábamos la mierda en un santiamén. Pero te me portas bien, lo sentenció el agente jefe.

Después de haber pasado un tiempo prudencial, los que estaban escondidos y presenciaban tan dantesca presencia, que para ellos duró una serenidad por el estado de excitación y ansiedad en que se encontraban, se animaron a moverse.

Orlando bajó del Bibosi y con silbidos imitando a un pájaro cualquiera, llamó a su amigo. Estos, uniéndose y sin decir nada , despidieron; dirigiéndose cada uno por su lado y a sus respectivas casas, buscando el no muy seguro refugio que éstas les brindaban.

Durante la travesía, que fue otra odisea, Orlando tuvo que esconderse de todo lo que parecía sospechoso. Se ponía detrás de todo pilar que encontraba a su paso, y otras veces aprovechaba cualquier recoveco en las paredes y aceras, para tratar de hurtar el cuerpo a cualquier mirada. Después de mucho sudar y contener el miedo que le oprimía el pecho, llegó por fin sano y salvo.

Cuando al día siguiente se reunieron con sus amigos en la casa de las Gutiérrez y de Martita Suárez, frente al Mojón con Cara, lugar obligado donde pasaban gratos e inolvidables momentos de sano esparcimiento juvenil. Freddy contó: les aseguro que las pase las de Caín. Muchachos, si vieran ustedes...

Los agentes del Control Político me mantuvieron despierto toda la noche, haciéndome cuidar sus armas; mientras que ellos ingresaban a beber a las cantinas que encontraban abiertas, donde metían a las muchachas y no sé qué cosas harían con ellas. En muchas ocasiones me obligaban a tomar culipi o cerveza, y también a bailar con las peladas, mientras reían a carcajadas. Parece que se divertían, ya que además de reír cantaban y hacían de todo.

Vaya con los chicos... Eran omnipotentes, dijo uno. Mejor decí abusivos, dijo otro de los amigos.

Como a eso de las siete de la mañana, cuando tenían que cambiar de turno, me tiraron prácticamente a la puerta de mi casa como un muñeco de trapo. Estaba liquidado. De todas maneras este vía crisis sirvió de algo, porque me hice amigo del jefe que es Camba, y si alguna vez lo encontramos en nuestras trullas, no nos molestarán como ocurrió anoche.

Estos pasajes anecdóticos y quizás grotescos, sucedían a diario a casi la generalidad de los ciudadanos cruceños, siendo en muchos casos brutalmente vejados por los sicarios del caudilla, o de las fuerzas represoras del gobierno. Como es natural, este estado de cosas trajo como consecuencia, la reacción lógica de la ciudadanía, que en muchos actos de rebeldía llegó a atacar a las fuerzas represoras. Los ejemplos están en los enfrentamientos de la villa San Luis, donde murió nuestro querido héroe unionista Cachete Coronado, y las acciones de la Universidad, donde también murió el unionista y universitario Roca Pereira.

Esta efervescencia que se iba acrecentando en el pueblo, llevó al gobierno central a tomar ciertas medidas, tendientes a mejorar un poco la situación conflictiva que se vivía en ese entonces, buscando con esto calmar un poco los ánimos ciudadanos. Como consecuencia del cambio momentáneo y coyuntural, se entró en un periodo de negociaciones entre las instituciones locales, y algunos ministros que arribaron a nuestra ciudad, para conciliar criterios y conseguir algunos objetivos trazados por las dirigencias cívicas; buscando con urgencia algo de seguridad y respeto. Ante la arrogancia y soberbia oficial, todos los intentos resultaron completamente estériles, por las absurdas poses de fuerza del gobierno central.

Para mantener informado al pueblo de los acontecimientos, se creó la cadena racial cívica, desde donde se hacían proclamas y se fustigaba a

las autoridades centrales, además de efectuarse llamadas a la unidad alrededor de nuestras instituciones cívicas.

Las proclamas se sucedían unas a otras permanentemente. Todo esto basado en el fervor patriótico regional que nos embargaba, y hacía vibrar nuestros corazones. La voz femenina de una de las luchadoras del civismo, la doctora Albrecht, hendía a cada instante el aire con fervorosos llamados a la unidad del pueblo cruceño. **“Pueblo cruceño. Estamos de pie para defendernos y defender nuestros derechos. Venid sicarios del gobierno que los estamos esperando”**.

La ciudad capital, dejando su acostumbrado estado de semiletargo, parecía un hormiguero. Todo era movimiento, la plaza principal se llenaba rápidamente de gente que mostraba la euforia que sentía, y el deseo ferviente de colaborar en las luchas por las reivindicaciones tan postergadas de los derechos del once por ciento, bandera principal dentro de la lucha.

Fueron pasando las horas.

La gente se mantenía en permanente vigilia, mientras que las campanas de la Catedral tañían, llamando e incitando al pueblo a no cejar en sus justas demandas. Muy avanzada la noche, la ciudadanía se recogió a sus hogares, quedando las brigadas unionistas patrullando las calles, para no ser sorprendidas por las huestes gubernistas que amenazaban con invadir nuestro pueblo.

Así fueron pasando las horas y llegó el día siguiente sin ningún cambio de la situación.

Los negociadores cívicos, en maratónicas sesiones, no avanzaban ni un ápice en relación con la postura intransigente de los representantes del poder central.

Debido a la agotadora jornada anterior, ya entrada la mañana, la plaza de armas se encontraba semidesierta. Algunas personas armando corrillos, se encontraban comentando sobre los recientes sucesos, haciendo pronósticos de lo que podía suceder en el futuro.

La cadena radial mantenía al tanto a la ciudadanía sobre el avance de las negociaciones.

Informando que en cada momento que pasaba el gobierno endurecía más su posición, y que amenazaba con invadir Santa Cruz con hordas de Ucureños y tropas del ejército; a todo lo cual se respondía con firmeza.

Nuestros amigos y principales actores de los episodios contados en esta historia, a la sazón recorrían las calles adyacentes a la plaza. La poca gente que veían a su paso, comentaba en corrillos los sucesos recientes.

Ante la inminencia del avasallamiento que se gestaba por la fuerzas de invasión del poder central, la cadena cívica, empezó a denunciar el posible atropello; dando a conocer la indefensión del pueblo y haciendo hincapié, en que el único delito cometido, era el de pedir lo que por derecho les pertenecía y siempre le había sido negado.

Se empezó a escuchar llamadas a los pueblos hermanos de la República, de América y del Mundo, en busca de solidaridad, y para dejar constancia de que el avasallamiento y el daño causado serían de exclusiva responsabilidad del gobierno.

La valiente luchadora cívica, Dra. Albrecht, decía:

“Pueblos de Bolivia. América y el mundo. Nos invaden y masacran, ayúdenos”.

Crees Lolo que de verdad nos invadan los collas, preguntó Lorgio Fleig, el más robusto y alto del grupo, de piel morena y cabellos negros y lacios.

¿Qué tal muchachos?, Saludó Orlando a un grupo de amigos que retornaban de la plaza de armas. ¿Qué les trae por acá?, llegan temprano, por el momento no hay nada. La concentración y el desfile, será por la tarde, como a eso de las siete de la noche. Regresen a descansar y vuelvan cuando escuchen las campanas de la Catedral. Lo sabemos contestó Alfredo Rosas. Estamos enterados, pero estamos buscando a Carlos Valverde para ponernos a sus órdenes, porque queremos integrar las rondas. Este muchachón, extremadamente delgado y flaco, daba la sensación de ser un maniquí vestido con ropa ajena.

Cuando nuestros personajes se separaron del grupo, quedaron un momento meditando sobre los sucesos acaecidos y el futuro incierto que les esperaba. Pasado esto, siguieron con sus comentarios. Parece que un grupo de amigos, los Taitas, apoyados por otros se han desplazado hacia la angostura. Hay rumores de que están viviendo los Ucureños por la carretera a Cochabamba. El lugar es ideal para contener a los milicianos, porque no hay donde más pasen. Con unos cuantos buenos tiradores, aparte de hacerles muchas bajas, se los puede contener indefinidamente opinó Lolo Añez.

Nuestro amigo, no era delgado, más bien gordito, de semblante risueño vivaracho, siguió comentando que había escuchado que un grupo de jóvenes unionistas, tomaron el aeropuerto el "Trompillo", llenando de turriles su faja de aterrizaje, para evitar que llegaran las tropas que mandarían a reprimirnos. Los de la base aérea, aunque no se han plegado a nosotros, se oponen a atacar al pueblo: Concluyó. Parece que la cosa se está poniendo bastante fea dijo Arturo Suárez, muchacho delgado, de cara alargada y nariz grande y puntiaguda; plantándose frente a los demás.

De pronto la voz de la locutora de la cadena cívica, los sacó de sus comentarios; con su angustioso pedido de una ayuda que nunca llegaría. Esta valiente mujer, con voz ronca y apagada, mostraba el estado de agonía en que se encontraba, causado por el agotamiento de tan maratónico trabajo y por el miedo que naturalmente sentía y le estremecía el espíritu.

La gente empezó a moverse con un nerviosismo manifiesto. En el ambiente flotaba tal desconcierto por las noticias que hacían propalar los enemigos del Comité, por unos momentos lograban confundir a los valientes luchadores de las jornadas reivindicacionistas.

Bueno, muchachos. Vámonos de aquí, dijo uno de los amigos. Nos reuniremos más tarde en la plaza, exactamente al frente de la catedral, en el banco que está bajo el Cupesí de la segunda acera, donde acostumbran pelear y dormir su siesta el Dr. Antelo y el profesor Guesenlao Montero.

Oí Lolo, por más flojo que seas, esta vez tenés que ser puntual, no llegues tarde le instó Lorgio. No te preocupes hombre, estará a la hora convenida contestó éste, algo molesto por la broma del amigo. Una vez todos de acuerdo, cada cual tomó por su lado.

Orlando, que vivía a sólo dos cuadras de la plaza, fue el primero en llegar a su destino. Hola tía saludó. Hola, mi hijo. ¿Cómo van las cosas por afuera?, preguntó la tía Urbanita con curiosidad. No muy bien tía. Parece que las cosas se complican cada vez más. La marcha cívica será esta noche. Irá mucha gente. Dios quiera que las cosas no pasen a más. Las madres estamos rogando a dios por todos ustedes.

Si, tía. Hacen bien. Necesitaremos mucho la ayuda de Dios, porque parece inminente el choque entre nosotros y las fuerzas del gobierno. Está decidido, no cejaremos en nuestro propósito, aún a costa

nuestras propias vidas. Esta noche se repartirán las armas de la Unión Juvenil Cruceñista y con ellas en nuestras manos defenderemos la ciudad.

Todos estaremos en la plaza, se escuchó la voz de Germán, cuyo rostro redondo y rosado, de rasgos risueños y simpáticos, hinchado de puro civismo, reflejaba la firme decisión de unirse a los luchadores cívicos. La tía calló por un instante, para luego levantar la vista hacia su hijo y con profundo y desgarrante sentimiento de miedo, exclamar: No, hijo, vos no, en un comprensible gesto de defensa, aunque después de un instante se sobrepuso y cambió su decisión. Se produjo un profundo silencio entre los componentes de la familia, que se encontraba reunida alrededor de un coquetón juego de sala, en la planta baja de la vivienda, una de las más modernas de ese entonces.

Orlando se despidió y subió las escaleras hacia el segundo piso, donde compartía una pieza con su hermano mayor. Mario se encontraba recostado sobre la cama del dormitorio. Parecía una estatua meditando. Hola, hermano. ¿Cómo te ha ido?, contáme las noticias más recientes. Las preguntas de Mario llovían. Parece que las cosas están por explotar.

Los comentarios y análisis de la situación siguieron por un largo rato, hasta que Orlando preguntó.

¿Conseguiste algún arma?

Sí, pero vieras cuanto me costó. Tío Armando no se animaba a prestarme, el rifle que con tanto celo guardaba. Es calibre treinta y ocho triple, con balas difíciles de conseguir, pero tengo la esperanza de hallar algunas y que me sean suficientes para defenderme. Sus palabras te dirán todo: “Llévatelo y me lo cuidas mucho, que me costó bastante dinero y me trae buenos recuerdos.

Míralo, ahí lo tenés, dijo Mario apuntando hacia la esquina de la habitación, donde efectivamente se encontraba el citado rifle apoyado en la pared... Algo es algo. Dijo. De todas maneras te servirá de garrote, comentó irónicamente y divertido Orlando, recostándose para descansar un poco, pues presentía que las jornadas que le esperaban, serían agotadoras. Pronto entró en un sueño profundo pero reparador.

Tenía los ojos cerrados, cuando sintió la voz de la tía que entre sueños le hablaba. El llamado intespectivo y las emociones vividas momentos antes, le crearon un despertar anormal. Tenía la impresión de encontrarse flotando en las nubes, y trataba de entrar de ese mundo irreal a una realidad que no podía dejar de lado.

El bullicio que se escuchaba afuera, daba claras señales de que algo anormal pasaba. Como un resorte estuvo parado, y mientras se restregaba los ojos, dijo: Si tía, ¿Pero que pasa?, ya son las seis de la tarde, muchachos, y es bueno que se acomoden para ir a la manifestación. Es deber de todos defender los intereses del pueblo. Me gusta la generación de ustedes, por valientes.

Los hermanos Mario y Orlando, después de desperezarse y vestirse, salieron a la calle y se encaminaron a los distintos puntos, donde quedaron de encontrarse con sus respectivos amigos y compañeros de aventuras. Chau Mario, cuídate. Chau hermano, vos también.

La plaza de armas de Santa Cruz de la Sierra, poco a poco se fue llenando de personas, que llegaban desde los cuatro puntos de acceso, dando la sensación de un gigantesco hormiguero. Las campanas de la catedral, sonaban incansablemente en su llamado al pueblo a reunirse en la plaza central.

Los cinco amigos se encontraban ya juntos en el sitio establecido. Comentaban mientras esperaban el desfile y las órdenes que impartirían los jefes del movimiento.

Mira Lorgio. Allá van Carlos y Pepe, acompañados de la plana mayor del comité. Vamos a conversar con ellos dijo Lolo. Los amigos se dirigieron hacia donde se encontraba el grupo dirigente, uniéndose a ellos. Allí Lolo nos ofreció para lo que fuese necesario, que desde ese momento nos poníamos a sus órdenes. Carlos Valverde tomándonos la palabra, dijo: Acompañenme al cine Grigotá. Muchachos, allí recibirán una misión especial e importante.

Se inició el desfile.

Los marchistas fueron calculados en unos diez mil, los cuales cantaban el himno cruceño y pedían a gritos armas para defender el terruño, ante la inminente invasión de las hordas collas. El grupo de amigos recibió la orden y encomienda de recoger las armas. Estos, juntos a otros exaltados muchachos de la Unión juvenil Cruceñista, se dirigieron a los depósitos secretos que se tenía, según algunos dirigentes para llevarlas al cine Grigotá, donde se repartirían a los que desfilaban, pidiéndolas a voz en cuello.

La euforia del momento, hacía que los corazones palpitaran aceleradamente por el calor que da la llama patriótica. El fervor cívico del pueblo, invitaba a los más escépticos a unirse a esa orgía de valor y amor al terruño. Nuestros muchachos no se salvaron de ese sentimiento, y con los pechos hinchados de valor, cumplieron su cometido. Cuan grande fue la decepción que sufrieron sus juveniles corazones, cuando se toparon con la cruda realidad, casa que hizo sangrar los espíritus de los guerreros cruceñistas. Los pobres luchadores cívicos, no encontraron en el supuesto y clandestino depósito, sino; un fusil viejo y una escopeta mugrienta.

Esta decepción no fue, empero, suficiente para bajar los ánimos de nuestros amigos que retornaron a la plaza, y aunque tenían los ánimos por los suelos, no perdieron el valor y el deseo de luchar por su pueblo. Pronto se unieron al desfile, ingresando a esa efervescencia que se sentía flotar, en el aire de esa noche calurosa y estrellada.

Mientras todos estos encontrados sentimientos, se batían entre los componentes de la gran marcha cívica. Las campanas de la iglesia sonaban dando ánimo y valor para seguir dentro de los objetivos propuestos; cosa que hizo que la plaza se llenara de personas que no participaban en la marcha, pero sí, infundían ánimos con aplausos y vítores.

Quizás para los agoreros de la desgracia, el sonido de las campanas sonaba a lamentos; presagiando el sufrimiento a que sería sometido el pueblo en un no muy lejano futuro; ya que, las fuerzas del gobierno, habían sido movilizadas para reprimir a fuego de metralla, a sea multitud valerosa que pedía sus derechos, postergados por gobiernos insensibles y nefastos.

CAPITULO DOS

El cielo estaba teñido de color rojo, con un amanecer que presagiaba un caluroso y hermosos día, de esos que sólo se dan en el trópico amazónico. Eran ya las diez de la mañana. Orlando dormía todavía, acostado pero vestido en la pieza que ocupaba en el segundo piso de la casa de sus padres, a sólo dos cuadras de la laza principal, en la esquina que conforman las calles Bolívar y Murillo. Se encontraba tumbado de espaldas, agobiado por el cansancio y el agotamiento causado, por las emociones sufridas en la jornada anterior: Roncaba.

¡Orlando! Llamó el hermano mayor, ¡Orlando!, repitió mientras movía a éste por los hombros. Despertá che, que es tarde y debemos reunirnos con nuestros respectivos grupo. El hermano menor murmuró: Déjame dormir; volcándose boca abajo y pretendiendo seguir su placentero y renovador descanso. Vamos ya flojonazo, que un buen soldado tiene que estar siempre vigilante, y al menor asomo de algo anormal, o ante una orden despertar en entrar en alerta.

Con la pesadez característica del que se resiste a despertar. Orlando se sentó en la cama, se desperezó y levantando los brazos, bostezó. Acto seguido, como impulsado por un resorte, caminó hacia el baño cercano, donde se aseó y vistió con una camisa manga larga y un pantalón vaquero; no tomó desayuno, ni siquiera un pequeño bocado de pan o huevos que generosamente, se veían servidos en la mesa comedora. Su hermano y él salieron presurosos hacia la calle.

Conforme avanzaban hacia el lugar de la reunión, se fueron entremezclando entre una gran multitud, que presurosa y nerviosamente caminaba en distintos rumbos. Los muchachos saludaban en todas direcciones, haciéndolo con mucha gente, en los tan sólo cincuenta metros que los separaban de la casa al lugar de reunión. Esta estaba en las instalaciones del entonces Servicio Agrícola Interamericano, lugar donde ya se encontraban reunidos

varios grupos, sacando vehículos allí guardados para reunirse a la gran columna cívica en el lugar del Cristo Redentor, sobre la carretera hacia la ciudad de Montero.

Mario se dirigió hacia un grupo de bulliciosos muchachos que componían los Aribibis, con los cuales se había conformado su escuadra, que tenía asignadas tareas específicas de patrullaje. Se escuchaba un griterío tan escandaloso, que no permitía entender lo que decían, no darse a entender si no era a gritos también.

Se fueron rompiendo los candados de los garajes que aún se mantenían cerrados, cortando las cadenas en algunos casos o rompiendo las aldabas en toros. Se abrieron los pesados portones que impedían el acceso al patio; donde se tenían guardados algunos vehículos de la institución. Uno a uno fue sacando los vehículos, para ser repartidos entre los grupos de muchachos que ansiosos, esperaban encaramarse a ellos para marchas a un destino incierto. La euforia que les embargaba y el deseo ferviente de luchas por lo suyo, les negaba un enfoque más realista de la situación.

Conforme los amigos se iban encontrando en el punto de reunión, se abrazaban y bromeaban entre sí. Tales eran los ánimos, que parecían estar preparándose para asistir a una fiesta campestre. No que estuviesen por emprender un camino quizás sin retorno para muchos de ellos. Pronto se terminó de asignar las movilidades a los distintos grupos. Estas serían utilizadas para desplazarse fuera de la ciudad, porque el plan buscaba evitar cualquier enfrentamiento dentro de ella, para que el pueblo no sufriera mayores consecuencias en la lucha que se avecinaba.

A nuestros amigos les tocó en suerte un Jeep en muy buen estado. Se le sacó la chapa de encendido y se le puso contacto directo para hacerlo funcionar, lo cual hizo a las mil maravillas, como si compartiera el deseo de aventuras de los muchachos que viajarían en

él- Lorgio comentó con los amigos: ¿Qué habrá pasado con Arturo, que todavía no da señales de aparecer? Se habrá desanimado o se habrá dormido dijo uno de los amigos, a lo que otro comentó en sentido de pregunta. ¿No será que el loco habrá desertado?, Orlando se aprestaba a defender la posición del amigo que no llegaba, cuando escucharon: ¡Zurdo! Espérenme, no me dejen que quiero ir con ustedes. Se escuchó el grito desgarrador del amigo que pensaba, que lo dejaríamos fuera de la aventura que se veía llegar.

Arturo, un muchachón delgado, de nariz grande y rostro risueño, se dirigió al vehículo que paró para que pudiera subir. Lorgio manejaba... Subí loco, creíste que te dejaríamos. No hombre, te íbamos a buscar. Nos hará mucha falta tu compañía. Apuremos muchachos, que estamos atrasados. Gritó Lolo.

El punto de reunión era sobre la carretera a Montero.

Allí se juntó la tropa de la unión, que motorizada, estaba ya presta a emprender la marcha hacia el Norte cruceño. Se veían vehículos de todo tipo sacados de las diferentes instituciones internacionales y del Estado. Encaramados en los motorizados, los más de trescientos jóvenes luchadores, emprendieron la marcha hacia su destino, quedándose muchos de ellos Defraudados por no encontrar espacio. Estos con lágrimas en los ojos, despedían a la legión cívica con pañuelos blancos y gritos de deseos de buena suerte.

El sentimiento de civismo, subió a su más alto nivel cuando se empezó a cantar el himno cruceño, tanto los que quedaban como los que partían, ponían tanta unción en su canto, que la emoción hacía temblar los espíritus.

La plana mayor del contingente unionistas estaba comandada por el Coronel José (pepe) Gil Reyes, apoyado por el Coronel Alcides Aguilera, el Capitán Gustavo (sapo) Melgar, Chaicita Serrate y otros

militares cruceños, quienes habían planificado la operación despliegue, hacia el lugar donde creían que era posible hacer frente, a las hordas collas mandadas por el gobierno central, a reprimir las justas aspiraciones de nuestro pueblo.

Carlos Valverde, como líder del grupo más joven de la columna, se encontraba, al igual que otros componentes de la jefatura, disconforme sobre la conveniencia de desplegarse hacia la zona de las serranías, como habían planificado los estrategas mayores. Mantenía la posición de que el desplazamiento de la tropa, debía ser hacia la Chiquitanía, donde había poblaciones y personas que se unirían a la columna, pues los pueblos de esa zona habían comprometido su apoyo incondicional al movimiento gestado en Santa Cruz capital. Su moción fue rechazada, adoptándose más bien la de replegarse hacia la serranía del Amboró. Pepe, yo creo que en la Chiquitanía tendremos mayor campo de acción. No soy militar, pero no creo en eso de meternos a una zona vulnerable, por ser muy accesible por caminos y porque además es inhóspita en exceso. Insistió Carlos.

La extensión de la zona que pretendes utilizar como foco para nuestras operaciones es muy amplia, lo que diluirá nuestras fuerzas, siendo fácil que nos las copen. Bien sabes que nos están mandando más de diez mil hombres, entre Ucureños, milicianos, mineros y soldados del ejército. Estaríamos a merced de ellos, pues nos atraparían fácilmente. Otro de los comandantes tomó la palabra: Mi opinión es que nos vamos hacia la serranía. Tenemos el ejemplo de muchos movimientos guerrilleros, que utilizan estas zonas, porque presentan mayores opciones para esconderse, y así; escapar fácilmente a cualquier cerco. Además de que la densidad boscosa de la zona favorece a nuestros planes. Está bien. No queda otra que acatar las decisiones de la mayoría, plegándome y poniéndome a sus órdenes cn los muchachos que me siguen. ¡Excelente! Exclamó Pepe. De aquí en adelante nos espera un destino de gloria. Que Dios nos acompañe y guíe nuestros pasos.

Pepe, subido en el vehículo que iba a la cabeza de la gran columna cívica, con un ademán militar y un gesto de satisfacción, levantó el brazo derecho y ordenó el inicio de la marcha. La impaciencia que da la euforia inicial en toda contienda, donde no se tiene un cuadro real de lo que significa la lucha, hizo que el primer tramo del viaje o gran caminata, pareciera a nuestros amigos, más largo de lo que hubieran deseado.

El cielo cruceño se encontraba despejado, viéndose apenas algunas nubes que saludaban a los valientes muchachos. Y eran valientes de verdad, por las precarias condiciones en que se lanzaban, a una aventura que no tenía muchas esperanzas de salir bien. La columna cívica mal armada y sin vituallas. Su alimentación no estaba asegurada, porque no existía fuente segura alguna por donde se dirigían. Basada su seguridad en la fuerza que da la fe en la justicia de sus demandas.

¡Alto! Se escuchó la voz del jefe.

La columna quedó completamente inmóvil, dando la sensación de ser un gran reptil en espera del momento para atacar. Inmediatamente todo fue movimiento de jefes de grupos, que se dirigieron rápidamente hacia donde se encontraba el comando evaluando la última decisión. La muchachada se mantenía en una expectativa intensa, esperando la decisión que tomarían sus superiores; ya que para muchos el dirigirse hacia la serranía era un error, pues pensaban como Carlos y mantenían la tesis de que era mejor centrar las operaciones hacia el oriente.

Pepe, hombre de contextura fuerte, de rostro bonachón y simpático, mostraba una confianza que sólo tienen los líderes seguros y decididos. Acto seguido, dijo: Sapo, pasa la bola que de aquí

emprendemos rumbo a la Bélgica, primer punto para llegar a la zona donde nos haremos fuertes.

¡Adelante muchachos! Se escuchó la voz del capitán. El destino que nos aguarda sólo con honor y valentía sabremos forjarlo.
¡Adelante!

Con esas emotivas palabras, nuestro comandante elevó los ánimos del contingente, robusteciendo la voluntad de lucha de los muchachos. La columna se dirigió hacia el occidente de Santa Cruz, en busca del abrigo y seguridad que le daría la espesa vegetación, de las imponentes selvas subtropicales que bordean nuestra cordillera de los Andes. El gran reptil que significaba nuestra columna, partió hacia su destino.

Después de más o menos una hora de marcha y al salir de una curva del camino tortuoso y arenoso, se divisó el poblado de la Bélgica, donde fuimos recibidos con muestras de cariño y júbilo por los pobladores de ese beiconcito cruceño. En él recibimos todo tipo de atenciones, tanto como toda clase de regalos. Entre ellos cosas de comer, cigarros y algunos del tan necesario u útil repelente contra insectos, además de muchas cosas que en la premura, nuestros valientes se habían olvidado de llevar.

El viaje hacia los objetivos propuestos por nuestros estrategas, y los probables sufrimientos que soportarían, fueron olvidados momentáneamente por los futuros combatientes. Todo esto fue colaborado por la magnífica manifestación y acogida de ese buenazo pueblo. Después del movimiento que significó la llegada al poblado, se dispersaron a descansar, la mayoría a comer, y a tomar deliciosas bebidas refrescantes, que en proporciones generosas les fueron llevadas, otros.

La Bélgica es un poblado formado por obreros y trabajadores del ingenio azucarero del mismo nombre. Poco después del recibimiento, estábamos ya todos despreocupados y haciendo cualquier cosa, pareciendo más bien que nos encontrábamos en un paseo escolar. Nuestros amigos se hallaban alrededor de Jeep, desparramados y en cualquier postura, en procura de descansar lo máximo posible.

Escuchen muchachos, se escuchó una voz que mostraba el estado de recelo y alarma que sentía. Era Alfredo, el único de los amigos que se mantenía en permanente alerta, siempre atento a todo lo que fuera anormal en el ambiente. Su estado lo tenía sumido en un mutismo, que no le permitía gozar del viaje, como sus amigos que reían y chacoteaban entre sí. Miraba permanentemente hacia Santa Cruz, preocupado por unos puntitos en el cielo que crecían. De repente sus temores rehicieron grito, que alertó a todos. El zumbido que Alfredo había escuchado, antes que los demás y llenó de error a nuestro amigo Bitoqui, se transformó de pronto en un amenazante ruido, que fue haciéndose cada vez más fuerte.

¡Vienen aviones! Se escuchó por todos lados.

Se oyó un clamor de miedo entre los valientes jóvenes, que empezaban a experimentar los primeros signos, de una realidad que les podía venir en un futuro muy cercano.

¡A esconderse muchachos! Gritó Lolo.

Lo mismo repitió Arturo, tirándose entre unos matorrales cercanos al lado del camino, en busca de refugio seguro ante el eminente ataque, cosa que hicieron los demás amigos en forma simultánea. El puntito se agrandó poco a poco, hasta tomar la forma del tan temido avión. El miedo a algo no pensado, hizo carne en el pecho de los valientes, lo

que empezó a mostrar lo duro y peligroso que quizás sería la aventura emprendida.

Es un AT6, se escuchó que decían algunos que conocían sobre aviones de guerra, Por todos lados empezaron a repetir. **¡Son aviones AT6!**

Con esto se formó un alboroto descomunal. La gente y los muchachos de la unión, buscaban refugio por todos lados, ante la inminencia del ataque que emprenderían los aviones de la Fuerza Aérea.

La agresión que se veía venir, creó tal desorden, que impidió el funcionamiento de los esquemas defensivos tan bien programados para estos casos. Nos van a bombardear y ametrallas gritó Lolo, cosa que fue suficiente para mover al más lento, e hizo que los cinco amigos que inseparables soportarían y vivirían las más bellas aventuras en esta inusual guerra, se escondieran desparramados detrás de cuantos matorrales les ofrecieran refugio y seguridad.

De pronto aparecieron dos aviones haciendo ruido de cacharros viejos, y empezaron a disparar contra la columna de vehículos con ametralladoras calibre cincuenta, logrando dañar a varios de ellos; pero sin causar víctimas entre los muchachos unionistas, ni en los habitantes del pueblo. El ataque fue respondido por el fuego de armas livianas que llevábamos en nuestra columna

Después de varias pasadas rasantes y haber descargado sus baterías, se dirigieron hacia el sur, lugar por donde habían aparecido. Parece que solamente tenían la misión de amedrantar, con órdenes de tratar de causar el menor daño posible.

Después de una espera que resultó una eternidad, se escuchó nuevamente el rugir de motores que se acercaban. Esta vez, los jefes de escuadra se movieron entre la tropa, empezando a oírse órdenes

por todos lados, aconsejando a los muchachos como esconderse para no ser blanco fácil. Es un avión de reconocimiento. Gritó alguno.

El comandante Pepe, ordenó que de inmediato abordásemos los vehículos. Debemos salir de aquí, dijo Carlos Valverde reforzando la orden del jefe, cuando el avión de referencia había desaparecido rumbo a su base. La columna emprendió la marcha con destino a las serranías, dirigiéndose hacia la localidad de Colpa, por una zona cada vez más quebrada e inhóspita.

Era mediodía. Los aviones de la Fuerza Aérea no habían vuelto a aparecer. Los rostros ansiosos y cansados de la muchachada, no dejaban de mirar hacia la dirección por donde podían llegar con su carga de muerte. Los rostros estaban demacrados por la tensión sufrida. Tenían las frentes perladas de sudor y las camisas empapadas, lo que creó una molestia tal que hizo necesario parar y hacer un compás en la huida hacia el destino fijado. Desde ese momento todo fue tranquilidad y no pasó nada anormal. Los ánimos se calmaron y la euforia que había desaparecido por la tensión sufrida, volvió al alma de nuestros valerosos muchachos. Llegó la noche, habiendo cubierto ya de oscuridad el campamento. Todo se calmó, pero se mantenía un nervioso silencio.

Se fueron sucediendo los días sin mayores novedades. En todas las haciendas y caseríos por los que pasábamos nos atendían y colaboraban. Se sentía el cariño que irradiaba esa gente buena de nuestro campo, que no escamoteaba muestras de solidaridad con nuestro movimiento.

Después de mucho caminar y con el combustible para los vehículos casi agotado, llegamos a una propiedad llamada “La China”, donde existía un aserradero de los primeros que se habían instalado en Santa Cruz. Allí se dejaron las movilidades y en adelante la travesía sería a pie, por no existir caminos accesibles; pues éstos eran

solamente sendas que llevaban, hacia los últimos vestigios de asentamientos humanos en la zona.

Mientras la tropa descansaba del agotamiento que había resultado de la tensión y el maratónico viaje de varios días, un grupo de unionistas mayores, encabezados por Pico Bello y otros, aprovechando este paréntesis en la jornada, cansados de tanto caminar sin rumbo aparente y ante las constantes retiradas al acoso de las tropas enemigas. **¡Increparon al jefe!**, y rodeando a Pepe, le pidieron una definición y una estrategia para empezar la lucha. Le pidieron que fuera hora de que aclare su posición y los objetivos, gritando prácticamente muchos de ellos al mismo tiempo; lo que empezó a crear una ola de descontento que podría crecer rápidamente.

Pepe, tomando conciencia del estado de excitación que imperaba y viendo que el manejo de la tropa se le podía descontrolar, ante el peligroso nerviosismo que se había formado, lanzó su famosa arenga.

Muchachos, no os agitéis, mantened el espíritu y las fuerzas intactas. Las cosas están en su correcto cause y no hay de que preocuparse. “No pensemos en el QUO VADIS DOMINIS PLUS ULTRA”.

La frases en latín y el poco entendimiento del alcance de lo dicho por el jefe, que seguramente era lo correcto como buen estratega, que no quería lanzar a sus pobres y mal pertrechadas fuerzas a una lucha despareja, insensata e inútil. De todas maneras sirvió para aplacer los ánimos.

El jefe como buen estratega y conocedor de la capacidad ofensiva de sus valientes seguidores, con muy buen estado de ánimo, antes de atacar; esperaba que las negociaciones con el gobierno progresaran para, conseguirse así; una salida honrosa. Sin luto para los suyos y su pueblo. Después de que los ánimos se calmaron, se dio permiso a los

más jóvenes para que regresen a la ciudad, aprovechando la ayuda ofertada por el dueño de la hacienda. Allí quedaron los amigos, despidiéndose con lagrimas de rebeldía y coraje.

Una patrulla de reconocimiento en la retaguardia, había llegado a donde se encontraba el grueso de la tropa e informó al comando. Se notaba que sus integrantes estaban muy nerviosos. Habían visto algo que realmente los había alarmado.

Jefe se escuchó. Las tropas del ejército están cerca.

Así supimos que nuestros enemigos, estaban a no más de dos horas de marcha de donde nos encontrábamos. Ante la seguridad de un posible choque con las fuerzas regulares, y sin los elementos mínimos necesarios para ello, se dio instrucciones a la patrulla que la componían Mario con un grupo de Aribibis, de que evitarán todo enfrentamiento y se replegaran siguiéndole rumbo de la columna principal.

El comando emprendió la marcha delante de la tropa y la desordenada muchachada siguió a sus jefes. Se taloneó todo el día, abriéndose sendas en la cada vez más enmarañada selva, sin orientación ni rumbo. Amanecía cuando se alcanzó al comando. Esta se había instalado en la cima de una loma, la cual estaba rodeada por un arroyuelo con agua fresca y cristalina, que sirvió para saciar la sed, resultado de la forzada marcha anterior.

La cercanía del enemigo impedía hacer fogatas para calentarse y preparar algo de comida con los ya casi inexistentes alimentos. Todo esto originado en el temor de ser detectados por las avanzadas del ejército regular, que por las patrullas de retaguardia, era el que se mantenía detrás de nuestras fuerzas. Descansar era imposible. La tropa mojada y el frío intenso complotaban contra ello.

Nuestros amigos habían encontrado un precario reparo entre unos arbustos bien tupidos, que creaban una buena cueva de hojas y ramas, la cual fue mejorada con algunas hojas de Motacú, sacadas de algunas plantas cercanas. Aunque no parecía posible poder dormir en esas condiciones, el cansancio pudo más que las influencias externas, y como la resistencia humana tiene un límite, cayeron al fin como la mayoría de los componentes de la columna, en un profundo y reparador sueño. Esta situación creó un profundo silencio, roto de vez en cuando, por el grito de algún ave nocturna que trataba de contactarse con su pareja, o era amenazada por algún peligro.

Era ya más de la media noche, había dejado de lloviznar, el frío no era tan intenso y el campamento había entrado en un estado de letargo y descanso general.

De pronto un grito desgarrador rompió el precario silencio.

El revuelo y la confusión que se formó como consecuencia, fue tal que todos empezaron a moverse como espectros en la oscura noche, tratando de huir atropelladamente hacia ninguna parte. Tras oír el grito, Lorgio despertó y desesperadamente empezó a zarandear a sus amigos para despertarlos.

¡Zurdo!, ¡Lolo! Escapemos, que nos capan.

Después supimos que soñaba que los Ucuireños, eran terribles comedores de seres humanos y que lo tenían preso, preparándose a descuartizarlo y repartir sus miembros para el consiguiente festín.

Ante la desesperación que sentía, no se dio cuenta que había soñado, y antes que sus amigos reaccionaran, emprendió una veloz carrera, arrastrando a su paso con todo lo que se le ponía por delante buscando la salvación en la oscuridad; o por último; hacia la nada. Lo importante en ese momento APRA él era huir y nada más.

Se escuchó un ay, seguido de una imprecación. ¡Mierda!, me pisaron, ¡carajo!.

¿Qué pasa?, se escuchó.

Calma. No pasa nada se oyó una voz que dijo. Tranquilos todos.

El griterío era inmenso y la confusión agigantaba el estado desesperado en que estaban sumidos.

Piyito Landivar dormía al lado de Orlando y cerca de Lorgio. Recibió un pisotón en pleno ojo, de la corpulenta humanidad del amigo y no entendía lo que estaba sucediendo.

Calma, calma. No ha pasado nada. Todo está bien, se oyó la voz de Carlos, por encima del bullicio.

Poco a poco volvió la calma al campamento. La tranquilidad empezó a reinar entre los muchachos, que cuando conocieron los pormenores de tamaño despropósito, entre risas de alivio se pusieron a bromear sobre la sucedido.

El infierno que se vivió, había sido provocado por uno de los expedicionarios enfermo de epilepsia, cosa que tenía oculto a todos, por el ferviente deseo de servir a la noble causa de su pueblo. Esperaba que no le vinieran, pero todo lo sufrido durante la travesía completo con este propósito.

Los amigos se juntaron.

Zurdo, ¿viste a Lorgio? Preguntó Lolo.

No, no lo he visto, ¿y vos Arturo? Tampoco.

La falta del amigo preocupó sobremanera a sus compañeros, que empezaron a buscarlo por todas partes. No se sabía de la suerte que había corrido y se lo llamaba con cierta desesperación y miedo, temiendo lo peor.

Lorgio se había refugiado en su agilidad y velocidad, corriendo sin dirección, cosa que lo llevó fuera del campamento. En su desesperación por huir de sus fantasmas se despeñó por la quebrada, pero sin mayores consecuencias. Sólo unos cuantos magullones insignificantes.

Al llegar al fondo, quedó semiconsciente y por el esfuerzo sobrehumano que efectuó en la desesperada carrera. Quedó callado, como escuchando el bullicio existente en el campamento. Después de un largo rato y cuando todo se había calmado, se animó a salir de su escondite y se sintió desorientado. Empezó a imitar a la perdiz de monte.

Fon, fon repetía constantemente.

Seguros de que era Lorgio el que silbaba, nuestros amigos empezaron a contestarle. Llegó un momento en que de las más de trescientas bocas de los componentes de la columna, se empezó a imitar a la perdiz llamando al perdido. Apareció Lorgio y entre manifestaciones de alegría y bromas, todo volvió a la calma.

CAPITULO TRES

Después de tan interesante noche y cuando estaba amaneciendo, con los primeros rayos del sol, el campamento empezó a moverse. Impartidas las instrucciones a los comandantes de escuadra, emprendimos la marcha de todos los días, adentrándonos cada vez más en la serranía.

Ese día amaneció despejado, presagiando un calor que vendría a arremeter contra los pobres marchistas.

Se había caminado durante varias horas sin descanso alguno. E permanente subir y bajar de quebradas, y el romper la selva a punto de machete, hacía necesario hacer un paréntesis en la marcha.

Como a las diez de la mañana se rompió la continuidad de la selva, dando paso a un ancho riachuelo, cosa que significó un respiro para los cansados muchachos. Este venía de una serranía y en su recorrido había formado grandes espacios llenos de agua, que crearon un caudal de poca profundidad. El lugar fue aprovechado para que la cansada tropa descansara un largo rato, se bañara y refrescara un poco.

Los soldados que seguían nuestro rastro, se mantenían pasivos a orillas de un riachuelo cercano, donde desembocaban las aguas del arroyuelo. Lugar donde, no sin señal de nerviosidad habían hecho un paréntesis en la marcha de la Unión Juvenil Cruceñista, agotadas de caminar y de tanta agresión de la naturaleza.

La sola mención o posibilidad de un encuentra con el enemigo, hacia que la columna emprendiera la marcha apresuradamente, para adentrarse cada vez más en la profundidad de la selva.

Los muchachos cívicos caminaban sin descanso, abriéndose camino a puro machete entre los tupidos bejucales, dejando caminos anchos y huellas fáciles de seguir para cualquiera que se la hubiese propuesto.

¡No puedo más!, Se oyó la voz apagada y triste de Arturo. Si no como algo, me muero. No doy un paso más.

Nuestros amigos pararon la macha y volteándose hacia el desfallecido compañero, se acercaron a él. **¿Qué pasa loco?**. Vamos hombre, no seas flojo. Adelante.

No doy un paso. Me quedo a morir aquí murmuraba muy bajo, como sí con ese comentario tratara de convencerse a si mismo , de que era la correcta determinación. Si no como, no me muevo. Tengo hambre repitió.

Orlando, que llevaba entre sus reservas de alimento unos pedazos de palmito de Motacú, que había sacado de algunas plantas hijuelotas, hurgando dentro de su mochila y acercándose al agotado y hambriento amigo, le alcanzó un pedazo.

Tomá, che, comé, que esto te servirá para paliar esa hambre que te está matando, además de ayudarte a calmar la sed. Haciendo un ademán de querer metérselo en la boca, ante la inmovilidad de Arturo.

Levántate flojo le dijo Lorgio, si no querés que te dejemos en medio del monte, para comida del tigre que vimos merodeando cerca de aquí, el que nos está siguiendo para lanzarse sobre el que se quede rezagado.

¡Que muerte horrenda!, comentó Alfredo.

La sola mención del tigre, fue suficiente para que Arturo renovara sus fuerzas. De sólo pensar que podría servir de almuerzo al feroz animal. Se levantó con una energía que no imaginaban que tenía todavía. Con el blando y sabroso palmito crudo llenándole la boca, emprendió diligentemente la marcha al lado de los demás.

Como al medio día se detuvo la caminata, y la tropa descansó sobre la cima de una loma. Abajo se veían las aguas cristalinas de una pequeña quebrada.

Chaicita Serrate, nuestro comandante, hombre bajito y un tanto gordo, de semblante risueño y aspecto bondadoso, nos trataba con cariño, pareciendo más un profesor bonachón en un paseo escolar, que un guerrero; en una campaña donde peligraban nuestras vidas.

Era un buen jefe, se preocupada por nosotros y en especial por los de menor edad casi como un padre. En esos momentos se dirigió a nosotros, con esa delicadeza demostrada a lo largo de toda la campaña.

Muchachos. Necesito dos voluntarios para que traigan un poco de agua fresca de la quebrada. Veo que mucho necesitamos de ella, pues se han agotado ya nuestras reservas.

Los componentes de nuestra escuadra que se encontraban más cerca de nuestro jefe; se miraron, y con la sonrisa de los que quieren colaborar con una persona tan buena, se prestaron a ofrecerse.

Mario y Orlando se miraron, notándose en el segundo un dejo de picardía y deseos de eludir la encomienda que se veía venir. El hermano mayor dijo: Jefe, a sus órdenes. Ordene, que estoy listo para lo que mande.

El menor, algo holgazán y flojo, se escurrió lo más que pudo entre algunos matorrales cercanos, procurando eludir el bulto a cualquier obligación de este tipo.

Antes de que Mario llamase a su hermano, para que lo acompañara en la prestación del servicio. Ronald Paz (Choco), se ofreció; con lo que salvo a Orlando.

Bueno muchachos. Aquí tienen estas vasijas, llénelas. Vamos a hacer un locro con el arroz que conseguí y la peta que trajeron los del grupo de Orlando. Creo que esta comida nos sabrá a manjar de dioses, por el tiempo que llevamos sin probar algo tan substancioso.

Mario y Choco, bajaron con sus vasijas a traer el agua solicitada, y cuando ésta paso por donde estaba su hermano, le miró en tal forma que demostraba el deseo de reprocharle su falta de disciplina.

Oí, che. Cuando se es soldado, es importante la responsabilidad y es deber ineludible, estar siempre dispuesto al servicio.

¡Bah! No seas fregao Mario, le respondió el hermano, eso de ofrecerse de voluntario a tiempo no es para mi. Lo siento, pero el que quiera agua que se las busque.

La mirada de censura del hermano, hizo sonreír a los presentes y algunos rieron la broma de Orlando. Mario se alejó algo molesto, pero en el fondo divertido por las ocurrencias de su hermano menor.

Orlando Mercado, muchacho delgado y de estatura mediana, de constitución fuerte por su condición de montaraz, se había hecho gran amigo de una tribu Sirionó desde muy niño en la hacienda de sus padres en el Beni. Era tan querido por los Choris, que éstos lo habían nombrado su jefe, y cuando llegaba a sus vacaciones

estudiantiles, se perdía con estos en la selva en viajes de cacería, por más de dos meses inclusive.

Aprovechaba los descansos que había entre caminata y caminata, para buscar algo que cazar y así suplir la falta de alimentos en su escuadra, pero el bullicio que significaba el movimiento de tantos hombres en su desplazamiento, hacía difícil encontrar algún animalejo; excepto algunas petas que llevaba con sus amigos al campamento, uno que otro Tatú y a veces Jochis, que encontraba encuevados cerca de la senda de desplazamiento.

Esta vez nuestros amigos comieron algo más o menos agradable. Después la caminata siguió como todos los días, sin mayor novedad. La columna se desplazaba continuamente tratando de encontrar, según nuestros jefes, algún punto donde pudiéramos hacernos fuertes, que además presentase buenas condiciones estratégicas para alcanzar el éxito esperado.

Las quebradas y riachuelos se encontraban por todos lados. Por lo menos agua no faltaba, ni tampoco comida, aunque no del agrado de todos, especialmente algunos vegetales, como el palmito de Motacú o de Pachiuba. Si esto no era maná, de todos modos lograba paliar el hambre que empezaba a sentir la tropa, por falta de una alimentación mejor equilibrada.

Mientras descansaban a orillas de un riachuelo, vieron que hacia abajo, la corriente se ensanchaba y formaba pozas entre las rocas. La cara de desolación que tenían sus amigos, hizo que Orlando, Lolo y Arturo; se internaran un poco más lejos que de costumbre en busca de conseguir algo de comer. Estaban cansados del sabor del palmito que comían todos los días, hasta Chupacotos y Jaúsis les habrían servido en esos momentos.

De pronto divisaron una poza de regular tamaño, formada por la caída del agua a través de los tiempos. Estos estanques naturales mostraban dentro de sus aguas cristalinas, gran variedad de peces de distintos tamaño y colores, cosa que; ante la perspectiva de conseguir una buena comida, llenó de alegría sus corazones.

Aparte de la pesca, en las orillas de la laguneta y del riachuelo se encontraban plantas de Pacái, que con sus frutas alargadas y maduras, por los ricos y dulces que eran, hacían aguar la boca.

Muchachos. **¡A coger Pacáis!** Los animó Lolo.

Como tromba, nuestros personajes se abalanzaron contra las frágiles ramas de las plantas, haciendo su agosto con las dulces y sabrosas frutas.

Después de comer hasta prácticamente hartarse, cosecharon y llenaron dos bolsas, que improvisaron con las chamarras que llevaban atadas a la cintura. Hecho esto, se apresuraron a llevarlas para el deleite de los componentes de la escuadra.

En esos momentos Lolo, que buscaba algo dentro de su mochila, dijo: Creo que tengo un tiro de dinamita. Lo he guardado celosamente para cuando llegue la ocasión, y creo que ésta ha llegado.

Levantando el brazo en alto, mostró un cartucho bastante envejecido y un fulminante, cosas que siempre llevaba consigo y que nadie sabía de sus existencias.

Bueno dijo. Siempre esperé esta oportunidad, y creo que si funciona, pescaremos algo para la comida. Ojolá tengamos suerte, pues es el único tiro que tenemos.

Bajaron por la quebrada y encontraron a no muchos metros de distancia una poza más grande y profunda, que con seguridad sería más rica en pescados.

Con la ansiedad reflejada en sus juveniles rostros, nuestros amigos rogaban que la cosa funcionara, mientras esperaban que Lolo arrojara la dinamita encendida, al agua.

¡Dios, que no se apague!

Ante la eminente explosión y el peligro que eso representaba, todos corrieron a buscar donde guarnecerse, para no ser alcanzados con algo que podría ser arrojado por las ondas expansivas.

La explosión, retumbó en los oídos de nuestros amigos, acto seguido las fuerzas de sus ondas levantaron una cascada de agua de varios metros de altura, cuyas gotas al caer semejaban brillantes. Esto creó un hermoso colorido de múltiples tonos de colores, que luego se esfumaban; perdiéndose entre las ondulaciones del agua espumosa. De pronto se vieron, flotando sobre su superficie, algunos pescados de diferentes tamaños.

Con la alegría que representó la abundante pesca, se movieron con diligencia inusitada, como si tuvieran miedo de que los peces revivieron y así; se les esfumara la posibilidad de comer algo tan bueno, después de tanto tiempo.

Con un machete mediano que siempre llevaba Lolo, cortaron unas varas de Tacuarembó y con ellas, se ayudaron para sacar uno por uno los peces, no desperdiciándose ni los más insignificantes. No era cosa de desaprovechar nada en esos momentos, pues no sabían cuando podrían volver a tener tanta abundancia de comida.

Fue tan pródiga la perca, que se pensó en botar las frutas recogidas. Pero no fue así, pues serviría para repartirla entre otros amigos que necesitarían algo para llevar a la boca.

Cortaron una de las varas en pedazos más pequeños, y ayudados con unos bejucos de Guembé , ataron el botín y lo llevaron al hombro hacia el campamento.

Cuando se dirigían hacia donde estaban descansando sus compañeros, pasaron cerca de donde se reunían los comandantes.

¿Qué llevan ahí? Preguntó uno de los jefes.

Pescados contestó Lolo, que pescamos corriente abajo.

¿Cómo lo hicieron?...

Con un tiro de dinamita.

Insensatos. No saben el peligro al que nos han expuesto.

Esta reprimenda hizo que los muchachos se disculparan de la imprudencia cometida, preparándose a soportar el lógico castigo que resultaría en consecuencia.

Esta vez no van a ser castigados dijo Pepe, aunque lo tendrían bien merecido.

A ver dijo uno de los jefes, veamos que hay aquí, para proceder de inmediato a vaciar la bolsa que contenía el resultado de la pesca.

¡Perfecto! Dijo.

Ahora tenemos que confiscar los más grandes para el comando, y acto seguido procedieron a escoger éstos. Como por arte de magia, el montón de peces se vio reducido a su mínima expresión, no solo en cantidad; sino más que nada; por lo pequeño que fueron los que quedaron para ellos y sus amigos.

Cuan buen locro de pescado se comieron ese día nuestros jefes. Este fue preparado por Lucho Leigue con maestría de buen cocinero.

Ché Zurdo, no nos quedó nada se quejó Arturo, mirando desconsolado hacia donde estaban los esfumados pescados, que fueron la causa de su corta alegría.

Que le vamos ha hacer. Así es la vida. Que ironía comentó Lolo. Aquí no reza el refrán de los peces, pues como acabamos de ver. **“El pez grande se comió al grande”**.

Los amigos tomaron el saldo de la pesca y junto con algunos componentes del grupo Aribibis, donde se encontraba Mario bajo el mando de Chaicita, reunieron un poco de arroz e hicieron también un locro, que supo a un excelente banquete.

Las patrullas de retaguardia no habían detectado señales del ejército. Parecía que éste, dentro de su estrategia, había llegado al convencimiento de que las fuerzas unionistas se habían metido a un callejón sin salida; optando sus estrategias por copar todos los caminos de salida de esa inhóspita zona. Ante la certeza de que la rendición sería cuestión de tiempo, pues conocían la debilidad combatiivo de nuestras fuerzas. El ejército ni hacía mayores esfuerzos por llegar al combate.

El nerviosismo, el cansancio y el desaliento, habían dejado exhaustos a los jóvenes marchistas, por lo que se dieron un justo descanso al

final de tan agotadora jornada, o retirada estratégica como se dio en llamarla.

Era una noche despejada y llena de estrellas, pero nosotros no podíamos verla por lo tupido del follaje. A esar de todo, el tiempo pasaba tranquilamente, manteniéndose la siempre precaria calma dentro del campamento.

Los centinelas, apostados en lugares estratégicos y a distancias aptas para acudir a colaborar en caso de emergencia, escudriñaban la impenetrable oscuridad de la noche, en busca de algún movimiento sospechoso, que mostrara el peligro que se pudiera cernir sobre todos.

Se temía que, por haber pasado mucho tiempo sin roces, en cualquier momento sucedería algo, extremando por este motivo las precauciones, para evitar sorpresas desagradables.

Ante la falta de, algo que los mantuviera interesados, empezaron a cabecear; esperando ser relevados para entrar en ese sueño reparador que tanto necesitaban. Lo único que los mantenía despiertos, era la constante pelea con los grandes mosquitos de la zona, que revoloteaban agresivos alrededor de los centinelas, esperando el momento propicio para saciar su sed de sangre.

Nuestros amigos, dormían plácidamente bajo un gigantesco árbol de Bibosi, habían cobijado sus cansadas humanidades entre las grandes raíces que sobresalían de la tierra. Garrones de un metro aproximadamente, que lo ayudaban a mantenerse en pie. Roncaban en un sueño profundo y reparador, renovando fuerzas; para una caminata futura hacia ninguna parte.

Hacía frío, por la llovizna intermitente que duró toda la noche. Buscando como estar mejor, todos se habían apiñado debajo de la única frazada con que contaban.

Orlando, como dueño de la colcha, se encontraba al centro y se mantenía siempre tapado por la misma, a pesar de los incesantes tirones, de que ésta era objeto desde todos los extremos.

Alfredo, estaba más inquieto que de costumbre. Empezó a moverse en forma anormal; sus movimientos, más semejaban brincos que un simple revolcarse.

Orlando y Lolo, que estaban cada uno a su lado, intentaron despertarlo vanamente. Bitoqui... Despertá Ché...

¿Qué te pasa?, le preguntaba Lolo.

Esta soñando. Hay que evitar que grite y se nos venga otro momento de desorden y confusión con el del epiléptico aconsejo uno del grupo.

Antes que los amigos tuvieran tiempo para despertarlo, Alfredo gritó con todas sus fuerzas. Primero con palabras desarticuladas y poco entendibles, pero que fueron suficientes para desatar la tan temida avalancha, de gente que huía para todos lados en gran confusión.

Alfredo, decía a gritos que le había picado una víbora, mientras se retorecía; todavía sumido en un profundo y desesperado estado de pesadilla.

Como en todas las ocasiones que se descansaba por la noche, el nerviosismo se mantenía en el ambiente, en este caso los gritos desgarradores de Bitoqui, fueron el detonante del estado de desorden que se generó.

Uno de los centinelas, el más nervioso de todos, empezó a disparar su arma mientras gritaba a viva voz.

¡Alerta!...

Nos atacan... repetía.

Esto fue suficiente para que el desorden se generalizara, y todos trataran de huir por donde fuera posible, buscando el resguardo de la selva y tomando sus armas para vender caras sus vidas.

Las sombras de los espectros, que se movían grotescamente a la carrera de un lado a otro, se desarticulaban a causa de algunos tiros que se escuchaba de vez en cuando. Este estado de cosas, ayudaba a crear todavía un mayor grado de confusión; pero se tuvo la suerte de que esto no trajo consecuencias fatales para ninguno.

En este momento de confusión y desorden, un grupo de personas en tropel, se dirigían precisamente hacia donde nuestros amigos, intentaban despertar a Bitoqui, que defendía como podía, demostrando que todavía luchaba con la serpiente de sus sueños.

Con no pocos esfuerzos, por fin lo sacamos de la pesadilla, de la que salió temblando y sudoroso. Contó que soñaba, que una enorme víbora le había mordido el dedo, y mostrándolo, vimos que en él efectivamente, se notaba prendida todavía una hormiga, de las más comunes en las selvas tropicales, la **cazadora**” y causante de tal escándalo.

Gracias al árbol que les había servido de reparo, nuestros amigos se salvaron de ser pisoteados por la tromba , de hombres que huían arrollando todo lo que encontraban a su paso. De pronto algunos chocaron contra el árbol, que no era visible por la oscuridad reinante. **“¡Ay, carajo!... Cuidado con el árbol”**. Vociferaban con todas

sus fuerzas. La advertencia llegó tarde para algunos, que sufrieron igual suerte.

Lorgio y Arturo gritaban...

Calma... Calma. Aquí no ha pasado nada. Es sólo que alguien tuvo una pesadilla. Tranquilos todos, cosa que repetían constantemente.

Después de mucho esfuerzo y llamados a la calma, todo volvió a la normalidad. El campamento quedó envuelto en una quietud nerviosa que se mantenía en el ambiente.

La tensa calma que reinaba después de lo sucedido, no dejó dormir ni descansar, y aunque sabían que no había pasado nada, nadie se atrevía no siquiera a respirar fuerte.

Se escucharon las voces autoritarias y algo serenas, aunque un poco roncas por las emociones pasadas de los jefes de escuadras, llamando a la tranquilidad. No teman y procuren descansar, que la jornada siguiente será tan agotadora como todas, siendo necesario hacerlo para poder vencerla sin problemas.

A la mañana siguiente, le preguntaron a Alfredo. **¿Qué te pasó ché Bitoqui?** Casi nos enloqueces con tu grito desgarrador. **¡Mierda!**, no lo vuelvas a hacer que es peligroso.

Ante la avalancha de preguntas, Bitoqui trataba de justificarse. Disculpen, no fue mi culpa. Soñaba que una gran Yoperojobobo gigante me perseguía, que me alcanzó y me mordió la mano, fue en ese momento cuando lancé mi grito de desesperación, sin darme cuenta dentro de mi mal sueño del drama que desató y las funestas consecuencias que pudo tener. Pero gracias a Dios, no se dio un resultado trágico.

CAPITULO CUARTO

Entre los soldados de la unión se encontraba Willy Bendek, “el turco” como le decían sus amigos. Era de mediana estatura, de contextura fuerte y de temperamento vivaz. Al paso por una de las estancias y cansado de caminar, adquirió en compra un caballo, que lo acompañó desde antes de entrar a la serranía, hasta su trágico final.

El noble animal fue alimentado con hojas de Patujú tiernas, cogollo de Motacú y oras plantas que se encontraban en el camino y servían para ello.

El turco y sus amigos no se descuidaron en ningún momento de su atención, por lo que se encontraba en muy buen estado, no habiendo sufrido nada más que el ataque de los mosquitos.

Después de tanto caminar por la selva, la comida que no era nada abundante, llegó a agotarse . El hambre agredía los estómagos de las menguadas fuerzas cívicas, pues ante la incertidumbre, el cansancio y la desesperanza, muchos combatientes habían ya desertado y fueron cayendo en manos del ejército.

El desaliento era manifiesto. Los desmoralizados luchadores habían informado a nuestros enemigos, de la precaria situación en que nos encontrábamos, cosa que llevó a la tropa contraria, a preparar el plan del cerco final.

Estábamos llegando al fin. La situación era insostenible y la desmoralización, ya había minado definitivamente el espíritu de lucha de la mayoría.

Uno de los amigos del “turco”, al que le decían “argentino” por su deo de hablar porteño, parecía ser el más necesitado de comida y, en especial, de carne fresca, ya que propuso: comámonos el caballo.

Debemos sacrificarlo para matar esta hambruna, que va a terminar con todos. Decía.

Al escuchar la propuesta, el “turco”, que se encontraba cerca de donde se complotaba contra la vida del noble animal, gritó. No a mi caballo no me lo tocan, ¡**carajo!** No permitiré que lo maten. Me ha acompañado hasta aquí y no es justo que acabemos con él ahora.

Se formó un tumulto de personas alrededor del pobre animal y su dueño, que avasalló al “turco”. Los guerreros eufóricos de unos días atrás, en ese momento estábamos hambrientos y al borde de la desesperación, lo que nos hacía parecer peligrosos.

Se escuchó un tiro. El noble compañero del hombre, cayó y murió sin saber que había sido la única víctima de tamaña aventura. Le habían disparado a la cabeza. Entregándose en servicio al hombre, dando su vida y su carne para mantener la de los seres, que fueron sus compañeros de aventura durante varios días. Anónimamente contribuyó con su muerte a este gran movimiento.

Pasada la euforia del momento, se creó un silencio lleno de una pesadez tal, que dejaba entrever en el ambiente del dolor que sentían y tenían que soportar, estos desesperados muchachos, por haber tenido que tomar una decisión que realmente les laceró el corazón, ya que el caballo fue un compañero y un amigo más.

Mientras miraban al animal con tristeza, todos daban su último adiós al noble amigo del hombre. De pronto, un sollozo de angustia se escuchó. Era el “turco” que lloraba de pesar e impotencia, ante la suerte sufrida por su fiel compañero.

Nadie se atrevía a descuartizar al animal, hasta que el mismo “argentino” procedió a ello.

De allí en adelante todos empezaron a sacar, la parte de carne que creyeron suficiente para llevar a sus lugares de descanso.

Lolo, ayudado por Bitoqui, llevó un pedazo bastante generoso de lomo y una perna del caballo, hacia donde nos encontrábamos junto a los Aribibis, con quienes conformábamos el frup comandado por Chaicita.

Arturo y otro del grupo de los aribibis, ayudaron a Lolo a preparar la parte que nos tocó. Sacando el hueso que todavía estaba unido a la mase muscular. La carne era de color rojiza y despedía un olor fuerte y dulzón, cosa que pasó desapercibida para la mayoría de los hambrientos muchachos.

Los pedazos de carne, listos para ser depositados al fuego, se pusieron sobre el suelo, encima de unas hojas de Patujú que se habían recogido para ese efecto.

Orlando, haciendo uso de los conocimientos aprendidos con los Choris, ayudado por otros amigos, cortó palcas de un arbusto cercano y jichiquies de Motacú, implementos con los que se fabricó una precaria pero efectiva parrilla, donde asaron la carne a fuego vivo.

Como forma de evitar que el fuego diera directamente a la carne, quemándola. La parrilla fue forrada con una gruesa capa de hojas de Patujú, las cuales se irían quemando una por una, hasta llegar a la última. Momento en que ya la carne estaría a su punto para ser consumida.

Como encargado del churrasco. Orlando repartió la carne asada, cosa que hizo en forma equitativa, para que todos comieran más o menos lo mismo.

Tomá, Mario, le alcanzó un pedazo a su hermano. Comé, está buena. Mario miró la carne y negó rotundamente.

No. Yo no como eso. Prefiero morirme de hambre pero no lo como; dijo, retirándose a continuación del lugar con su pedazo de palmito entre las manos.

El almuerzo que habían tenido, fue para la gran mayoría un verdadero banquete, demostrado porque una vez con el estómago lleno y el hambre saciada, muchos se durmieron a pierna suelta durante la siesta, hasta bien avanzada la tarde.

La comandancia, citó a una reunión de jefes de escuadra, instruyéndoles que para las cinco de la tarde se llamase a una asamblea general, cosa que fue notificada a cada uno de los muchachos por los mismos.

Llegada la hora, el grupo de nuestros amigos, guiados por su jefe, se dirigieron hacia el destino señalado para tal fin. Lorgio comentó: Muchachos, presiento que llegó el fin; se acabó la aventura en esta fase, y ahora comienza la peor, pues van a ver; nos van a dejar librados a nuestra suerte. No lo creo dijo Alfredo, incrédulo ante lo que comentaba su amigo. En su cara flaca, se dibujaba una profunda preocupación por su futuro inmediato. No podía ocultar, al igual que todos, la inquietud que sentían ante algo tan incierto.

Bueno. Ya veremos. No saquemos conclusiones sin antes oír lo que nos van a decir. Esperemos a ver que es lo que pasa.

Orlando. como el más montaraz de todos comentó: no nos preocupemos, muchachos; que si nos dejan solos, ya saldremos delante de alguna manera. Yo les aseguro que lograremos huir del cerco tendido. Solamente necesitaremos un poquito de suerte para

llegar al Beni y a la libertad. Lo importante es que siempre nos mantengamos unidos.

Miraron a Orlando, y caladamente los cinco amigos se dirigieron al lugar de la reunión.

Pepe, se encontraba subido sobre un tronco de un árbol caído; parecía uno de esos generales en desgracia que, aunque en la derrota, todavía trataban de infundir valor y esperanza a su tropa. Lanzando una de sus ya acostumbradas arengas. Dijo:

Camaradas. Ya no existe motivo para seguir con la campaña. Todo se ha perdido, menos nuestro orgullo. La derrota no significa que nos daremos por vencidos; porque, desde cualquier lugar que nos encontremos, seguiremos luchado por la noble causa del terruño.

Les devuelvo el juramento de entregar sus vidas por la causa que emprendimos, y les pido que traten de burlar a la fuerza que nos tienen cercados. Los que puedan háganlo, y los que no; entréguense pacíficamente. No tiene justificativo seguir resistiendo. Adiós amigos míos, y gracias por haber confiado en nosotros. Váyanse pues, y que Dios nos proteja y guarde a todos.

Las lagrimas brotaron silenciosamente de sus entristecidos ojos, pero aún así; se resistía a creer que estaban ante tan grande desilusión. Ante la impotencia de la derrota y la perdida de las ilusiones juveniles, de lograr llegar a su pueblo como habían soñado, convertidos en los héroes victoriosos de la campaña emprendida.

Con el corazón deshecho y el espíritu sangrando, cabizbajos y callados, los grupos de amigos se fueron retirando del sitio del encuentro, hacia sus lugares establecidos en el campamento.

Caía la noche. Todo era silencio. Nadie tenía fuerzas para comentar sobre los acontecimientos y el desenlace, peor del incierto futuro que les esperaba. Los espíritus sangraban.

El día siguiente amaneció nublado. El sol, como sintiendo respeto por el dolor de esa valerosa muchachada, no se atrevía a asomarse. Parecía dolido de la desilusión sufrida, por esos seres humanos en desgracia.

Con los primeros rayos del astro rey, empezó de nuevo el movimiento en el campamento. Se inició un nervioso bullicio, donde unos y otros trataban de conformar grupos pequeños, con compañeros que creían eran los más idóneos para emprender la huida a cualquier lado, al parecer con el único propósito de tratar de atrasar lo más posible su captura.

Los primeros contingentes, empezaron a partir. Se separaban unos de otros con fuertes abrazos y buenos deseos. Los que quedaban últimos despedían a los primeros, con las miradas fijas; hasta que los perdían de vista entre la espesura, de la selva que se los tragaba como una maléfica manta, que los separaría quizás definitivamente.

Mario y Orlando, se abrazaron y desearon suerte mutuamente. Cuídate, le dijo Orlando y procura seguir el curso de algún río, que este te llevará a otro más grande y así llegarás al Beni. No te apartes de él, porque su cercanía te garantiza agua y comida en abundancia. Suerte y nos vemos en San Nicolás.

Mario, le dijo a su hermano; no te pido que vengas conmigo, porque sé que no dejarás a tus amigos. Sé que no los vas a abandonar y que, procurarás sacarlos de ésta, sanos y salvos. Suerte.

Los unionistas, se fueron internando en la espesura en pequeños grupos, porque así; era más fácil burlar la vigilancia del enemigo.

Lolo, Alfredo, Lorgio, Orlando y Arturo quedaron solos. Todos los demás ya se habían ido.

Como extrañaban esa presencia, que había contribuido en esos pocos días a fortalecer una amistad entrañable. Quedaron mucho tiempo silenciosos, mientras miraban el campamento muerto y vacío. No quedaba una sola alma aparte de ellos. Todo era desolación. Tal era el dolor que embargaba a nuestros amigos, que unas lágrimas rebeldes brotaban de sus ojos.

Muchachos, no queda más que hacer.

Bueno comentó Orlando. De aquí en adelante, todos trataremos de pensar y actuar como uno sólo. Como no tenemos apuro, es bueno que descansemos todo este día y recién mañana pensaremos como salir de esto. **¿Qué les parece?**

Sí, creo que descansados, podremos pensar mejor sobre la segunda parte de esta aventura, en procura de llegar a los ríos benianos. Dijo Lolo.

Pidamos a Dios, que nos ayude y guíe en el futuro inmediato y todos hincados de rodillas, rezaron con devoción.

La noche pasó sin sobresaltos, pues la gran fogata que habían encendido y la seguridad, de que por el momento no estaban perseguidos y en peligro, les permitió descansar; reponiendo sus fuerzas, mediante un sueño profundo y tranquilo.

CAPITULO QUINTO

Amaneció lloviendo torrencialmente, con una de esas tormentas tropicales características de la zona, que se preparan y desatan súbitamente. Los truenos y rayos que caían profusamente, hacían estremecer de temor a los muchachos, ante la posibilidad de que algún rayo perdido les alcance.

Como las condiciones hacían imposible emprender cualquier cosa, los cinco amigos se cobijaron debajo de una vieja carpa de plástico y apeñuscados trataban de no mojarse, cosa imposible; pues ésta tenía tantos agujeros que mojaba igual que afuera.

La mojazón, no era solamente lo que molestaba a nuestros amigos; pues al igual que el tiempo, también los mosquitos que habían aparecido en bandadas, atacaban inmisericordes, arremetiendo con verdadera agresividad. Creando una situación de verdadero martirio con sus urticantes picadas.

El poco repelente que había recibido como regalo de los pobladores de la Bélgica, hacía ya varios días que se había acabado.

¡Que carajo!. Ché Zurdo. Esto es imposible dijo Arturo, desesperado de tatando de cubrirse. Hagamos algo, sino estos malditos insectos, acabarán con la poca paciencia y sangre que todavía tenemos.

Sin pronunciar palabra alguna y precariamente tapado, con un pedazo pequeño de una bolsa plástica, que habían encontrado en el campamento el día anterior. Orlando buscaba en la espesura cercana con ansiedad, un Posetacú encaramado en algún Motacú.

No pasó mucho tiempo, cuando encontró a una altura conveniente

uno de mediano tamaño. Lo sacó del tranco de la planta y lo llevó hacia donde se encontraban cobijados sus amigos.

Con la ayuda de algunas brasas, que aún se encontraban encendidas, procedió a encenderlo. El humo que salió del Posetacú, poco a poco se fue haciendo más denso, siendo suficiente para contener y espantar las furiosas acometidas de tan antipáticos, insufribles e inseparables compañeros de las selvas tropicales.

De pronto, así como había comenzado el temporal, un gran trueno señaló el final de la lluvia, la cual paró tan repentinamente como había empezado.

Buenos, muchachos, a desperezarse, que tenemos que emprender la marcha. Ninguno se movía, ni siquiera el que ll propuso. Algo mojados, por no decir completamente, y con frío que les calaba los huesos, no se atrevían a dejar su preario refugio.

Adelante dijo lolo, que era el que hablaba. A levantarse flojonazos, que tenemos que seguir rumbo a la libertad. Haciendo un ademán y con rapidez para evitar desfallecer en su intento, y seguir inmóvil como los demás. Como un resorte saltó del sitio donde se encontraba, sacando la mojada colcha que tapaba al grupo.

Este acto del amigo, fue causa de que los demás lanzaran todo tipo de improperios contra Lolo, que entre risueño y riendo, completó de sacar de la inactividad a los demás.

Buscaron en el campamento abandonado, cualquier cosa que sirviera para usarse dentro de la futura travesía, y que no significara una carga pesada en la marcha que emprenderían; la que, sería cansadora como las anteriores.

Esperemos hasta que el sol caliente el ambiente y las gotas de agua dejadas por la lluvia, caigan de las hojas para que no nos mojemos: Sugirió Lorgio, cosa que fue acogida con agrado por los demás, que rápidamente se acomodaron, alrededor de una gran fogata que habían encendido con algunos palos semisecos.

Como a medio día, se repartieron las cosas útiles, que habían encontrado en el abandonado campamento, y acto seguido se inició la caminata hacia el Beni.

Se caminó uno largo trecho, siempre atentos a cualquier señal de cercanía de las fuerzas enemigas, sin saber que éstas se encontraban bastante lejos, de donde estaban nuestros amigos.

El cerco se hallaba a una dos jornadas de allí; pero ni aún estando cerca, era necesario esforzarse demasiado para poder burlar las fuerzas del gobierno. Las cuales no mantenían un riguroso control, ante la seguridad de que la inhospitalidad de la selva y la falta de experiencia, obligaría a los muchachos de la unión a entregarse a ellos.

Bueno amigos. Vamos hacia la libertad, se escuchó y se emprendió la marcha. Orlando iba a la cabeza del grupo apoyado por Lolo. Siguieron el curso de un riachuelo, con la plena seguridad de que les llevaría de alguna manera hacia el río Surutú y éste necesariamente al Yapacaní, Ichilo y por fin al Mamoré, destino final de la odisea que estaban viviendo.

Se caminó durante toda la mañana, haciéndose paradas periódicas para renovar fuerzas y después seguir, el camino serpenteante del riachuelo que les servía de camino y guía hacia el río Surutú.

Como al medio día y cuando el sol, calentaba con sus rayos y agredía en forma cruel a los caminantes, se hizo un paréntesis en la marcha.

Se repartieron lo poco que habían guardado de la carne asada del caballo sacrificado en la jornada anterior, y satisfechos con la frugal comida, se cobijaron bajo un frondoso árbol de Jorori, descansando a perna suelta, como si se encontraran disfrutando de una placentera caminata de niños exploradores.

Como a las cuatro de la tarde y cuando el sol había cedido en su agresiva acometida se emprendió el camino, siempre siguiendo la corriente hacia abajo. Mientras caminaban no llegaron a divisar nada anormal, o algo que resultara extraño a las miradas de estos inexpertos exploradores.

Lo único que mantenía curiosos a nuestros amigos, eran los constantes encuentros con todo tipo de animalejos, que bajaban a saciar su sed en las cristalinas aguas del riachuelo, los que al notar la presencia de seres humanos, presurosos se internaban en el monte, temerosos de ser muertos por éstos. Las que se mantenían hasta cierto punto indolentes y miraban tranquilamente a los caminantes, eran los diversos tipos de pavas que encontraban, protegidas en lo altote las ramas de los gigantescos árboles tropicales.

No habían caminado más de una hora por la orilla del riachuelo, sorteando un pedregoso y sinuoso terreno, que además se hacía enmarañada por bejucos, que en muchas partes dificultaban la marcha. Cuando al doblar un recodo del arroyo, a pocos metros; se divisó un majestuosos tigre, que nos miraba desdeñosamente y con su acostumbrada soberbia de Rey de nuestras selvas americanas. Se cantoneó, como adivinando que se encontraba ante la presencia de muchachos inofensivos.

¡Alto!, ordenó Orlando, estirando el brazo en señal de peligro. No nos movamos ni hagamos ruido, que él se irá tranquilo. Sino lo molestamos, seguirá su camino.

No pasó mucho rato, que para los muchachos pareció una eternidad, cuando el tigre dio un ágil salto y desapareció en la espesura de la selva, cosa que aprovecharon para poner distancia entre este y ellos, pues se acercaba la noche y deseaban encontrarse lo más lejos posible de tan desagradable compañía.

Con la última claridad que todavía existía en el ambiente, buscaron apresuradamente; leña suficiente para hacer una fogata de durase toda la noche. Como se tenía previsto, la noche paso en una impresionante quietud, que solamente era rota por el canto de alguna ave nocturna.

Un rayo de sol dio directamente en la cara de Lorgio, que sintiendo su calor se estiró. Pateó al Alfredo, que siempre nervioso se sentó, preguntando aún en sueños lo que pasaba. **“No es nada”**, le contrató el amigo y procedió a despertar los demás. Vamos flojonazos, que el día es largo y es necesario llegar a laguna parte donde se consiga algo de comida.

Los alimentos se había agotado en la cena de la noche anterior, y por lo que; aparte del palmito que conseguirían en último caso, la cosa no pintaba muy halagüena.

Recogiendo todo lo que llevaban, emprendieron la marcha hacia su destino, que no sabían lo diro y triste que sería; pues sufrirían un viacrucis y calvario, lleno de vejaciones, tanto espirituales como físicas. Así, sin saber lo que les esperaba, siguieron su marcha hacia el Beni, con optimismo y esperanza.

Orlando, que marchaba a la cabeza de la columna, hizo señas de que se detuvieran, porque había descubierto una senda. Esta era casi imperceptible por encontrarse algo amontada, pero aún así; podría llevar hacia algún chaco abandonado, donde quizás habría algo que se pudiera aprovechar como comida.

Lorgio, acompañáme pidió. Vamos a investigar. Ustedes esperan a que regresemos, les dijo al resto de sus amigos. Vamos a ver hasta donde nos lleva esta senda. Acto seguido los dos amigos, se internaron selva adentro en busca de algún indicio, de que se encontraban cerca de la civilización.

Para los que se quedaron, pasó un tiempo que se sintió interminable. De pronto aparecieron los exploradores con una sonrisa pintada en sus juveniles rostros, lo que demostraba que habían encontrado algo bueno.

Lorgio alborozado. Dijo:

Muchachos, parece que hemos hallado algo que comer. La senda se hace ancha más adelante, lo que con seguridad nos llevará a algún chaco cercano.

Bueno, adelante, que ya es hora que encontremos algo de comer, pues siento que las lombrices me están deshaciendo las tripas, bromeo Alfredo en forma tan jocosa, que hizo lanzar carcajadas a sus amigos. Haciéndoles olvidar por un momento su difícil situación.

Se emprendió la marcha por la angosta senda, en forma despreocupada y bulliciosa, lo que hizo que Lolo les hablara: muchachos. Será mejor que caminemos con cuidado y guardando silencio, Solo así; podremos evitar toparnos con algo desagradable que no podamos eludir.

Era tanta la euforia que sentían al estar cerca de algo conocido, que uno de ellos le contestó. No. Lolo, no seas agorero, mas seguro es que encontremos gente nuestra, la que nos prestará toda clase de ayuda. Ya lo verás.

Dios nos guíe y nos dé una mano dijo Arturo, porque si el que topemos es emenerrista, necesitaremos de todo el poder del cielo para que nos proteja. Lo primero que hará será denunciarnos.

No seas mal pensado, Arturo.

Te garantizo que si es Camba no nos hará eso. Nuestra gente se buena argumentó Lorgio, ya verán como nos ayudan.

No había pasado mucho tiempo, cuando la senda terminó abruptamente, dando paso a un barbecho, en el que todavía había algunas plantas de plátano y guineos. En una de ellas, se encontraba un racimo madurito, como esperado ayudar a saciar el hambre de los cinco amigos.

Todavía con recelo observaron el chaco. Este no era muy grande y estaba abandonado. Por entre la maleza sobresalían algunas plantas de Papaya y unas hebras de caña. Este regalo que tan generosamente se brindaba, los llenó de júbilo. El hambre que sentían, hizo que olvidaran definitivamente donde se encontraban y la situación peligrosa que afrontaban, ya que; dejando de lado todo tipo de precaución, se lanzaron prácticamente en tropel sobre las plantas.

Parecían un grupo de monos gigantes, arrasando con todo a su paso, mientras engullían papayas y plátanos maduros. Estaban tan felices, que hacían bromas y se tiraban cáscaras entre si.

El chacarero llevaba más de un año que no visitaba su barbecho, pues se había trasladado a un lugar cercano al pueblo del Carmen del Surutú, donde vivía actualmente. La falta de carne, lo llevó a internarse en la selva nuevamente, siendo esa la razón que lo había llevado a visitar su antiguo lugar de trabajo.

Dormía placentemente en su vieja chapapa, cuando escuchó el bullicio que hacían los muchachos. No había sentido su llegada; porque no había llevado sus perros en esa expedición.

Los muchachos hacían bastante ruido y estaban tan dedicados a saquear, las cosas que generosamente les brindaba el chaco abandonado, que no se percataron de la presencia del chacarero.

Sigilosamente el Camba se escurrió del lugar y apresuradamente se dirigió hacia el Carmen, donde se encontraba una avanzada de las fuerzas del gobierno.

Después de media hora llegó al pueblo, dirigiéndose directamente hacia la comandancia del ejército acantonado en la localidad.

Agritos llamó:

¡Coronel, coronel!

Desde la precaria choza que servía de centro de operaciones, se escuchó la voz de un ser que parecía ser dueño de mezquinos y perversos sentimientos, por la ronquera que emitía su voz fuerte y tosca.

A ver, Mendoza. Vaya a ver que carajo pasa afuera. Gritó.

Mendoza, salió e increpó al hesitado campesino que estaba frente suyo. Y a voss, que te pasa.

¿Por qué tanta bulla?

En mi chaco hay unionistas, señor están desprevenidos y es fácil tomarlos presos. Si nos apuramos no se escapa ninguno. A ver,

¿Cómo es eso?. Cuéntame de donde te has sacado esa historia, pues creemos que los hemos agarrado a todos.

Es verdad.

Si me estás mintiendo, ya verás lo que te pasa, Camba del carajo, se escuchó la voz del Coronel, jefe de la tropa.

El Camba, dirigiéndose hacia donde provenía la voz, dijo en un tono que demostraba el creciente temor, que sentía ante la agresividad demostrada. No, mi coronel, le juro que es verdad, insistió el ya asustado chacarero, que empezó a sentir pesar por lo que estaba haciendo contra sus coterráneos.

El coronel, hombre bajo como la mayoría de los habitantes del occidente boliviano, empedernido odiador de todo lo que fuese Camba, cosa que se le notaba en su feo y maligno semblante, con voz de trueno que mostraba su temple, e implacable maldad. Llamó.

Sargento Mamani.

Si señor se escucho una voz, e inmediatamente se presentó un hombrecillo, que aunque delgado y pequeño, en nada desmerecía los méritos de su jefe; pues sus sentimientos, eran tan mezquinos como los suyos. Cosa que los hacia llevarse tan bien.

Mande mi coronel...

Mamani, ve con un grupo de milicianos al chaco de éste y tomame presos a esos unionistas de mierda.

Si mi coronel. A la orden...

¡Vamos!, ordenó Mamani al asustado y arrepentido Camba, que ahora ya sabía a lo que había destinado a los cinco pobres amigos.

La patrulla Colla, se perdió por una callecita ayerbada que daba precisamente, a la senda que los llevaría al chaco, donde nuestros bravos muchachos, no soñaban con lo que les vendría y seguían comiendo frutas.

Los collas, se fueron diseminando alrededor del chaco en forma envolvente, no dejando espacio por donde, los odiados cambas unionistas pudiesen escapar.

Orlando se encontraba pelando na caña, que repartía en pedazos entre sus amigos.

Poco antes, el sargento Mamani, había instruido al chacarero sobre el papel, que a él le tocaría asumir. Vas a salir a saludar al enemigo, y cuando estén completamente distraídos les caemos encima. No te olvides que son peligrosos delincuentes, que se han levantado contra el gobierno de las mayorías y hay que tener mucho cuidado con ellos.

Nuestros amigos, no imaginaban lo que se tramaba a sus espaldas y peor podrían, reaccionar ante tan artera celada, si ya se encontraban totalmente desmoralizados. Todo estaba perdido y caer en manos del enemigo, les daba lo mismo.

Cuando Orlando, levantó la vista ante algo que presentía tener delante, se topo con la cara blanca amarillenta de un hombre de estas tierras, que con una mueca que pretendía ser una sonrisas. Saludó, mostrando en su rostro el nerviosismo que sentía.

Hola, contestó. **¿Sos el dueño del chaco?**. Acércate por favor, que necesitamos tu ayuda. El pedido del muchacho y en la forma en que

se lo dijo, hizo sufrir al chacarero, llenando de vergüenza y congoja su sencillo corazón.

El agricultor se acercó a los muchachos, pero como no podía hacer nada por ellos, pues ya había metido la pata; trató de evitar que las cosas le resultaren peores.

Jóvenes, tranquilícense, **¿de donde vienen?** Preguntó, intentando entablar conversación.

¿Dónde estamos? Preguntó Arturo.

Están cerca del Carmen del Surutú.

Oí, vos, nos poder ayudar le soltó Lolo, encaramándose entre sus amigos y dirigiéndose hacia el campesino. Si nos ayudas, será bien recompensado. Te pagaremos bien, si nos guías hacia el río Yapacaní, pues conoces la zona mejor que nosotros.

El hombre no contestó y miraba a nuestros amigos con una cara extraña. Cuando empezó a abrir la boca, se escuchó una orden imperiosa.

Los corazones de nuestros amigos, palpitaron aceleradamente, y una sensación de flaqueza llenó sus espíritus, que quedaron pasmados y sin reacción alguna.

En alto las manos. Que nadie se atreva siquiera a mover un dedo, o mierda que nos los cargamos a tiros.

Empezó a salir un sudor frío, que cubrió todo el cuerpo de los muchachos, que mostraron un sentimiento de resignación y frustración, fueron levantando lentamente sus brazos, tratando de no hacer movimientos que pudieran, ser mal interpretados por sus

enemigos. Quienes, bien lo sabían no tendrían ningún asco en balearlos a mansalva.

Por entre la espesura, empezaron a salir rostros que para los asustados muchachos, resultaban figuras grotescas, que los elevaban a una dantesca situación de terror.

De a poco, fueron apareciendo hombres armados hasta los dientes que los cercaron completamente. Entreguen sus armas, ordenó el uniformado.

Rápido. Volvió a insistir el sargento Mamani, que mi paciencia no es mucha y van a saber de lo que soy capaz si no obedecen mis órdenes. Compañeros, si hacen algún movimiento extraño, denle duro a estos carajos.

Orlando, mostrando lo que tenía en las manos y reuniendo todo el coraje que pudo, dijo. La única arma que llevo es este cuchillo, y como ven, estoy pelando esta caña. No tenemos ninguna otra.

Los milicianos, al ver que los muchachos no tenían arma alguna, poniendo a un lado las propias, se abalanzaron contra los inermes cautivos, empezando a quitarles todo lo que de algún valor monetario que poseían, como gorras, relojes, etc.

Lo que sucedía en ese momento, daba la impresión de una jauría de perros, que trataban de destrozar a la presa atrapada.

En el zarandeo, que ocasionó la grosera y brutal acometida contra los muchachos, de la cintura de Lorgio, saltó un pequeño revolver, que éste siempre llevaba consigo. Esto fue suficiente para que dejaran de agredir a los presos, y la jauría furiosa se abalanzo contra otra presa más importante, que en ese momento era el revolver.

Se armó un pandemónium por la posesión del revolver, hasta que una de ellos, más corpulento y fuerte que los otros, decretó: Es mío el revolver, y , plantándose desafiante enfrentó a los demás.

La actitud del grandote, fue suficiente para apaciguar los ánimos de los milicianos, referente a lo cual el sargento no tomó posición alguna, dejando prudentemente el revolver en manos del más fuerte.

La voz delgada y atimbrada del sargento, adecuada a su físico. Ordenó.

Bueno compañeros, a atar las manos de estos carajos con sus propios cinturones, y a llevarlos al rancho, donde los pondremos con los otros que tenemos presos allí. Vamos a llevarlos, y si no caminan bien, métanles palo, para que aprendan que no se puede jugar con el poder de las mayorías nacionales.

Se escucharon varias voces que ordenaron a los presos. **“bueno. Cachorros de la rosca, a sacarse los cinturones”**. **“ya oligarcas de mierda, vamos, carajo, rápido”**, y apaleaban a los pobres amigos.

Se emprendió la marcha de la columna que conformaban cautivos y apresadores, ante una orden que decía. **“Vamos desgraciados, caminen”**.

Durante la travesía, uno de los milicianos deparó en la figura de Alfredo, cuya delgadez se había acentuado por el sufrimiento de la marcha, hasta el punto de que parecía cosa de magia, que sus pantalones se mantuvieran encaramados en sus afiladas caderas.

Miren a ese flaco de mierda. Es un esqueleto andante y con esa pinta que no le sirve para nada, hecho el valiente, y , todavía se animó a

desafiar al gobierno; lanzando a continuación una carcajada que hizo prever a nuestros amigos, lo triste e incierto que sería el futuro.

CAPITULO SEXTO

Con la lluvia del día anterior, el camino se mostraba lleno de charcos, lo que hacía sumamente difícil el caminar. La incómoda posición en que se encontraban Lolo y sus amigos, hacía que estos resbalaran constantemente, cayendo de rodillas varias veces, cosa que era aprovechada por los captores para levantarlos a punta de culatazos. Fue un suplicio que duró como una hora, terminando momentáneamente, cuando la espesura de la selva dio paso al claro, donde está enclavada la pequeña población.

A la vista de los viajeros, se presentó un grupo de casuchas de Motacú, agrupadas en forma desordenada, alrededor de un lote semicuartado y ayerbado, que hacía hacia de plaza. Este conjunto urbanístico pretendía ser el llamado “**El Carmen**”.

La llegada de la expedición conmocionó al campamento, que entró en un inusitado movimiento. Por todos lados se veían hombres fuertemente armados, muchos de los cuales se acercaban a los cautivos para hacer mofa de ellos. Otros mantenían vigilancia en el centro de la plaza, ante un grupo de unionista que sentados de cualquier manera, descansaban de las vejaciones que habían sufrido por sus captores. Mantenían todavía las manos atadas detrás de las espaldas.

Esta cautiva multitud mantenía la mirada al suelo, para evitar provocar la reacción de algunos milicianos más agresivos y el consiguiente castigo. Por más vejaciones sufridas, la indomable valentía de estos muchachos de la Unión Juvenil Cruceñista se refleja en sus ojos.

Los rostros mostraban el maltrato recibido. Se observaban ojos sanguinolentos, moretones en diferentes partes de la cara, narices con sangre aún fresca, que en hilos delgados manaban de algunas

bocas rotas. Esto mostraba la crueldad y la saña con que habían sido maltratados, y de esta manera el odio que sentían por los infortunados Cambas, que habían tenido la desgracia de caer en sus manos.

La columna compuesta por nuestros amigos y sus captores, hizo su ingreso por el lado Norte del pueblo, provocando el revuelo de las hordas, que comenzaron a vapulear a los cautivos. Llovían puñetazos y culatazos, escuchándose al mismo tiempo todo tipo de insultos e improperios contra las madres de estos.

“¿Dónde están ahora los unionistas carajo?”, ¿Qué es de los desgraciados cachorros de la rosca?, decían con el desprecio y la soberbia de los vencedores, pero sin mellar en nada el espíritu indómito de los muchachos.

Calma, calma se escuchó la autoritaria voz del coronel. Renació la esperanza de que cambiarían las cosas, de que mejoraría el trato recibido hasta el momento.

De pronto el jefe de las milicias, ordenó. Sargento Mamani.

A la orden, mi coronel respondió el subalterno, cuadrándose ante su superior, con un sonar de tacos de sus botines tipo militar que calzaba.

Haga formar a los presos.

En forma inmediata se creó un alboroto tal, donde todo eran órdenes. El campamento entró en un inusitado movimiento.

Los más de cien unionistas cautivos formaron filas, y el coronel, con un andar de soberbia y suficiencia. Orgulloso del sentimiento de

miedo que creía despertar en la muchachada, se paseaba erguido en toda su escasa estatura.

La pose de gran comandante hacía grotesca su figura, cosa que hizo que algunas miradas de los cautivos y aún de sus subalternos fueran de ironía y burla.

Mientras pasaba revista a los presos, miraba uno a uno y conforme iba avanzando, su fea cara fue cambiando, transformándose en una mueca de maldad, lo que demostró los mezquinos sentimientos que llenaban su espíritu.

Cuando alguno le llamaba la atención más que los otros, le gritaba: **¿Y vos, porque te metiste en esto carajo?** No sabes que para burlarnos, se tiene que ser mejor que nosotros, y eso es difícil, peor siendo Cambas de mierda como ustedes.

Entre sus manos tenía una honda, que movía constantemente con ademanes ofensivos, amenazando a todos con ella, con amagues de darles en la cara.

Cuando alguno de los desgraciados presos no le era muy simpático, era flagelado sin piedad en pleno rostro, lo que nunca llegó a hacer salir un solo gemido de las bocas de los valerosos muchachos.

La diversión del comandante duró un largo rato, que resultó interminable para los que estaban en fila. Dentro de los rostros de los cautivos, se veía una expresión de dolor e impotencia, más que nada por la imposibilidad de dar a tan malo personaje el merecido castigo.

Después de haber acabado su florido vocabulario, lleno de insultos y todo tipo de bravatas, se retiró hacia su despacho con una carcajada de complacencia.

Lleven a estos bastardos al río Surutú, donde esperan camiones con gente minera, para que sean trasladados a Santa Cruz. Allí recibirán el castigo a su gran estupidez.

Los milicianos, en forma bulliciosa y en permanentes risotadas, fueron formando en doble fila, por donde pasarían los cautivos. Era la tan temida calle de la amargura, un feroz método de tortura con visos de cuasi diversión.

Cuando se percataron los presos de lo que se les venía encima, no tuvieron más opción que encomendarse a Dios. Resignados y con la cara en alto, emprendieron la entrada al túnel de la maldad, demostrando a sus torturadores, esa sangre bravía y fortaleza espiritual que dominaba sus espíritus.

Lolo miró a sus amigos, con la resignación dibujada en su semblante y sin titubear un instante se lanzó al martirio. A pesar de que paso por la calle de la amargura volando, para evitar recibir mucho palo, no dejó de soportar algunos culatazos que le llovían por todos lados. La sangre del valiente joven brotó de su boca. Había recibido un puñetazo que le partió los labios y casi e sacó los dientes. La paliza sufrida no logró arrancar ni una sola queja de nuestro amigo.

Cuando le toco el turno a Alfredo, que venía inmediatamente detrás de Lolo, el bullicio se acentúo por la mofa que hacían de su acentuada flacura.

Cuando entró a la calle, lo hizo con esa prestancia de los seres superiores, que sólo se da en los que saben soportar estoicamente los sufrimientos, y con la fuerza que da la sangre Camba. Paso a paso, soportó bravamente la avalancha de patadas y culatazos que le caían encima. Un culatazo lo tumbaba y una patada lo levantaba.

Orlando, miró desesperado a todos lados, como buscando un escape de la dantesca orgía de crueldad, que demostraban las hordas salvajes del gobierno, y notando que la diversión causada por el paso de su amigo, había hecho descuidar un poco la vigilancia, sin previo aviso se lanzó hacia el suplicio, buscando pegarse lo más posible al infortunado Alfredo. Consiguió su propósito, pues recibió poco castigo en relación con lo que esperaba.

Cuando los frustrados torturadores, se dieron cuenta que uno de los presos había logrado burlar lo palos y había escapado de la salvaje diversión, el más agresivo se abalanzó sobre éste y le propinó un fuerte puñetazo al estómago, cosa que por suerte tampoco le causo mucho daño.

Este acto de evasión al castigo, enardeció los ánimos de los milicianos, pues cuando le toco el turno a Freddy (Manolete) Salas, le propinaron una sistemática y feroz golpiza. Cuando éste salía apaleado y molido, el mismo Colla malevo hizo la intención de golpearlo en el estómago. Instintivamente por puro reflejo, Freddy endureció los músculos, esperando el golpe que no llegó.

La fea cara del hombre, reflejaba sus bajos instintos y daba la impresión de estar cubierta de una máscara de maldad. Bajó el golpe a los testículos de nuestro desdichado amigo. Se escuchó un quejido de dolor apenas audible, que frustró el insano instinto de humillar y hacer daño. Un desencanto pareció apoderarse del semblante del miliciano.

El ensañamiento no mermó en absoluto, y todos los presos, uno por uno, pasaron su calvario. Unos más que otros, pero todos recibieron un cruel castigo, por haber tratado de conseguir algo mejor para su pueblo.

Pasado el momento de diversión, cada muchacho fue acompañado por un miliciano en una sola columna. Se emprendió la marcha hacia el río Surutú, donde serían embarcados en camiones hasta el poblado de Buena Vista.

La gran columna, se movía como un gigantesco reptil por la senda, que llevaba hacia los camiones en la orilla opuesta del río.

Los milicianos, no dejaron un solo momento de insultar a los presos, y como forma de animarles el paso, hacían uso de su fusil, golpeándolos constantemente; para que mantuvieran un ritmo rápido en la marcha. Apúrate carajo o te pateo el culo, se escuchaba acá y allá mientras la columna, seguía su curso como incansables y diminutas hormigas.

El sol se encontraba bastante bajo, casi ocultándose en el horizonte.

Cuando indicaba el ocaso del día y con ello un nuevo futuro, para los apaleados y doloridos cuerpos de nuestros muchachos, se divisaron los camiones que se encontraban, en la orilla opuesta de donde venía la columna. Se cruzó el río de aguas turbias y poco profundas sin ningún percance.

Los amigos, que habían permanecido juntos durante toda la odisea, fueron separados por las circunstancias vividas pocos momentos atrás. Alfredo y Orlando subieron al primer camión, Lorgio y Lolo al segundo, Arturo se encontraba en otro.

Lorgio, el más robusto y alto de nuestros cinco guerreros, había viajado todo el tiempo con sus botas de goma caña larga. Estas, pesadas por el agua y el barro acumulados en el paso del río, le dificultaron la subida al camión.

Lorgio, intentaba escalar lo más rápidamente posible, por la escalera hecha con las barandas de la carrocería. Como se encontraba con las manos atadas, su equilibrio era precario, lo que lo hacía resbalar na y otra vez.

Un miliciano que lo observaba, se le acercó por la espalda y le dijo: Con que no puedes subir desgraciado, yo te voy a enseñar a ser ágil y acto seguido le propinó un feroz culatazo. Esto fue suficiente para que su corpulenta humanidad adquiriera una agilidad que envidiaría a cualquier felino, pues de un salto se encaramó y estuvo arriba, donde brazos cariñosos lo recibieron.

Uno de los mineros que se encontraba entre la tropa que recibía a los cautivos, le llamó la atención al miliciano, el cual se alejó campante y satisfecho, deleitándose con la maldad cometida.

Conforme se llenaban los camiones, fueron saliendo uno por uno, escoltados por mineros, rumbo a Buena Vista.

Desde ese momento, el trato recibido fue más benigno, cosa que demostraba la mejor calidad humana de los mineros. La falta de odio hacia los Cambas cautivos. Se empezó a sentir un mayor calor humana, lo que contrastó con ese odio quizás ancestral de las hordas milicianas de Ucuireña.

En el transcurso del viaje, algunos mineros invitaron a los presos cigarrillos y pan, que llevaban en sus mochilas.

El viaje fue rápido, ya que el río Surutú se encuentra a pocos kilómetros del poblado de Buena vista. **¡Cuan cerca habían estado deambulando de los centros poblados y cuan difícil habría sido evadir la fuerza enemigas!**. Al centrar las operaciones en el área de las serranía del Amboró. Se había contribuido a que el enemigo nos envolviera.

La tropa de la unión, había luchado contra tres poderosos enemigos, que contribuyeron a su total derrota.

El macizo de la cordillera de los Andes por un lado, imponente e imposible de traspasar, con su lado occidental poblado por collas, naturales enemigos de ese entonces. Las tropas del gobierno, que en forma envolvente; mantenían copadas todas la vías de acceso y escape, y por último; el mayor de todos los obstáculos, la selva subtropical de la zona, que enmarañada; contribuyó a que la aventura fuera totalmente negativa.

Los estrategas militares de la unión no tomaron en cuenta, que las serranías donde centraron su operación, no era la sierra Maestra de Cuba, donde los guerrilleros habían tenido un rotundo éxito en su campaña.

Antes que el sol se ocultara definitivamente, se divisó la torre de Buena Vista, que sobresalía de la espesura que ocultaba las casas del pintoresco poblado, el cual está asentado en una loma.

La columna de camiones que transportaban a los derrotados unionistas, fue haciendo su ingreso por el lado sur del pueblo, y conforme fueron parando en la plaza, su gente se fue reuniendo y aglomerando alrededor de éstos. Hubo u momento en que llegaron a sobrepasar en número a los guardianes, los cuales se replegaron en actitud pasiva, no para evitar el contacto con la gentil muchedumbre; sino más que nada, para evitar que los cautivos aprovecharan la circunstancia para escapar, cosa que de todas maneras varios de ellos lo intentaron, pero con poca fortuna.

Todos querían tocar y abrazar a la valiente muchachada, llevando y entregándoles comida y bebidas de toda clase; entre las que se encontraba su deliciosa chicha buenavisteña, cigarrillo y cuantas

cosas veían, que eran necesarias para cubrir las necesidades de los sufridos héroes del pueblo oriental.

La viejitas de Buena vista, vestidas con sus típicos tipóis y manto negro, a quienes cariñosamente llamaron “**abuelitas**”, repartían dulces y golosinas. Tampoco nos faltaron sus conocidas novenas a la Virgen María y a varios otros Santos, buscando con ello fortalecernos espiritualmente.

El cariño y le calor humano que irradiaba la gente de ese hermoso pueblo, nos hizo olvidar por un momento las vejaciones y sufrimientos parados durante la campaña. En los semblantes de la muchachada asomaron sonrisas, como natural aceptación a tanta atención recibida.

Conforme pasaban los minutos, todo se hacía risas de alegría, dando la impresión que se encontraban en una fiesta, o verbena popular: En ese buenazo y noble pueblo.

CAPITULO SÉPTIMO

Buena vista, pintoresco pueblo enclavado en el área subtropical del departamento de Santa Cruz, fue un importante centro de familias que influenciaron y entroncaron en la ciudad capital.

Sus calles rojas mal cuidadas, sus casas en estado de deterioro, mostraban el abandono en que se encontraba sumida, cosa que no difería mucho del Santa Cruz de ese entonces. Su gente de una prestancia que sólo da una noble estirpe, mostraba su generosidad y grandeza con esos muchachos, presos y agredidos por la desidia, de un gobierno central insensible, absorbente y soberbio.

En el lado sur de la plaza, se encontraban las oficinas de la subprefectura y la Alcaldía, en un vetusto y casi derrumbado caserón de una planta. Allí fueron llevados los presos.

El edificio no tenía más delinco piezas pequeñas, que servían de oficinas y salón de reuniones. Allí metieron apeñuscados a los muchachos, más de cien personas en tan poco espacio.

La incomodidad en que se encontraban no fue notada por nadie, pues el alojamiento, comparado con lo que habían pasado, les parecía un hotel de primera. Todos quedaron tumbados sobre el piso de cualquier manera.

Había anochecido. No se tenía ni una sola vela para alumbrarse, pero nuestros amigos se hallaban contentos por estar nuevamente juntos.

La noche transcurrió sin sobresaltos para nuestros héroes. El ejército se había hecho cargo de los presos, siendo mejor tratados; porque en él, se encontraban soldados y hasta superiores oriundos de estas tierras.

En el garaje que les servía de celda todo era quietud. Un rayo de sol acarició la cara de Lolo, que despertando; hizo lo propio con sus amigos y así todos de pie, esperaron los acontecimientos que vendrían después.

El sol estaba brillante.

Con las fuerzas renovadas, la muchachada unionista había mejorado su semblante, y recobrado la fe en el advenimiento de mejores días.

Ese buenazo pueblo de Buena Vista, se volcó nuevamente hacia donde reencontraban la Subprefectura y la Alcaldía, llevando comida caliente. Cuñapeces y pandearroces recién salidos del horno, tujuré con leche caliente y un aromático y humeante chocolate, cosa que hicieron la delicia de nuestros paladares.

De pronto, se escuchó una orden: **¡A los camines!** Lleven los presos a los camiones.

Los soldados empezaron a moverse, empujando a los muchachos hacia donde se encontraban los camiones listos para emprender la marcha. Algunos que no habían tenido tiempo de comer su desayuno, llenaron sus bolsillos de algo que les serviría para el trayecto.

Uno por uno fueron subiendo los presos a los camiones, en tanto que la gente aplaudía como cariñoso apoyo de ese generoso pueblo.

Este estado de cosas, influyó en el ánimo de la muchachada, que sintiendo la euforia del momento y ante esas hermosas manifestaciones humanas, empezaron a cantar el himno cruceño y dar vivas a Santa Cruz y a la Unión Juvenil Cruceñista. Esta actitud, quizás irreflexiva; despertó la reacción del enemigo, que masticando su odia y con la ancestral ira del oprimido, se volcaron contra el indefenso grupo.

Se oyeron muchos disparos de armas de fuego, de fusilería principalmente.

Ante la contingencia, se hizo bajar apresuradamente a los cautivos de los camiones, que fueron llevados nuevamente a sus celdas, para brindarles algo de seguridad.

Los disparos se escuchaban cada vez más fuertes. Parecía que los Ucuireños, avanzaban implacablemente sobre el objetivo y que, la suerte de los muchachos y del pueblo estaba echada.

Empezaron a circular noticias alarmantes para todos en general, estas decían que los sublevados avanzaban contra viento y marea, enardecidos por la embriaguez de toda la noche, dando “**mueras**” a los cachorros de los oligarcas rosqueros, enemigos de la revolución nacional.

Los jefes locales de las tropas del ejército, pusieron a sus hombres en estado de alerta, con instrucciones de detener y defender al pueblo; ya que muchos componentes del ejército y, en especial los que no eran militantes del gobierno, no estaban de acuerdo con la acción punitiva contra Santa Cruz.

Estaban decididos a evitar a toda costa, la masacre que se avecinaba contra este noble pueblo, pues antes habían sido espectadores impotentes, de los vejámenes que se habían perpetrado en la invasión a la ciudad capital y sus alrededores.

Ante los acontecimientos y la imposibilidad del comando del ejército, de buscar a los revoltosos. Buscaron apoyo de dirigentes políticos del partido de gobierno y autoridades eclesiásticas, para dialogar con los jefes de los enardecidos milicianos.

Mientras el tiempo pasaba, se empezó a vivir momentos de gran tensión y angustia. Los protagonistas de nuestra historia, se mantenían siempre juntos y se preparaban para lo que viniese.

El salón que les revía de celda, se mantenía con un ambiente totalmente enrarecido, causado por el humo de los cigarrillos, con los que trataban de calmar la ansiedad y el nerviosismo.

La puerta del calabozo, daba a la calle y estaba custodiada por varios soldados, que comentaban los acontecimientos. Parece que los negociadores no han conseguido nada, y que los ucureños siguen avanzando. Si llegan a coparnos, les entregamos a estos carajos. No tenemos porqué pelear por ellos, arriesgando nuestras vidas al pedo.

Ante lo negativo de los acontecimientos y preocupados por la suerte de sus coterráneos, algunos oficiales Cambas; hicieron llegar varias granadas y armas cortas a los presos, con la consigna de defenderse y pelear para vender cara sus vidas. Se formaron cuadros de defensa interna, que harían la primera resistencia y, si era posible, aprovechar la sorpresa para apoderarse de más armas.

Las sillas y los pocos enseres que habían en el recinto, sirvieron para preparar algunos implementos de defensa. Se improvisaron todo tipo de armas para vender ara la derrota, para demostrar que ésta no fue por falta de valor; sino por circunstancias ajenas a ellos mismos.

Es bueno que recordemos a los luchadores Collas que habían entre la muchachada presa. Estos valientes se habían identificado con los intereses y anhelos, de la tierra que les había dado cobijo, tanto a su padres como a ellos. Razón que los impulso a unirse a las luchas cívicas. El agradecimiento eterno de un pueblo viril y valiente para ellos.

Conforme fue pasando el tiempo, los informes que a cada momento llegaban y se propagaban sobre la situación reinante, eran cada vez de mayor preocupación; cosa que no evitó que el noble pueblo de Buena vista, se movilizara para llevar alimento y consuelo a los desolados, pero decididos y valientes espíritus de los cautivos.

Pasaban las horas. El tiroteo arreciaba y los comentarios eran cada vez más alarmantes, lo que hacía prever; el fin trágico de esta acción reivindicadora, de los derechos del pueblo oriental.

Con el característico ruido de las bisagras, que no han recibido nunca una piadosa pasada de grasa o aceite, se abrió la puerta de la celda, donde se encontraban nuestros cinco amigos, entrando por ella la delgada figura del padre Carlitos Herike, que con su cara bondadosa y tierna de hombre santo, con lágrimas en los ojos, se dirigió hacia todos.

Muchachos, las cosas están cada vez peores, y contener a los ucureños parece tarea difícil y quizás imposible. Vengo a fortalecerlos y reconfortarlos. Pónganse de rodillas por favor; pidió con una voz dulce de los hombres buenos y bondadosos.

Sólo Dios sabe lo que estaba sufriendo este sacerdote Camba, tan querendón de su tierra y su gente, a quienes conocía por ser amigo de la mayoría de los padres de estos muchachos.

El silencio que siguió a esto, fue sepulcral. Poco a poco, fueron cayendo de hinojos, en una entrega total a la divina providencia.

El padre Carlitos. Hizo escuchar su voz.

Hijos míos. Vengo en nombre del Señor a darles consuelo, en esta hora tan dura que están atravesando. Entreguen sus espíritus al Señor nuestro Dios. Arrepiéntanse de todas sus faltas y pecados, y

fortalezcan la fe de que la bondad de Cristo nos sacará de las penurias que estamos pasando. No hay que perder la fe, de que nuestro salvador vela por nosotros, y lo que El decida será siempre lo mejor. La muerte que nos ronda en estos momentos, no es el final; sino el principio de una nueva y gloriosa vida de luz y paz eterna.

La tragedia parecía que sería el epilogo, de la gran marcha unionista que culminó en gran desbandada.

La noche, parecía tender un manto de calma a las pasiones humanas, pues el resto de la noche transcurrió en absoluta quietud.

Fue una noche de vigilia total, que mantuvo de punta nuestros nervios. Unos fumaban constantemente, otros rezaban, mientras que otros intentaban contar chistes.

En el tiempo que duró la noche. Se escucharon oraciones y rezos de todo tipo y forma.

A Lorgio, en un sollozo; se le escuchó decir:

“Hay taitito Señor, que me maten, pero que no me coman”.

Manolete, en su nerviosismo; rezaba una novena a la Virgen de Cotoca. Esta le había sido regalada por una de las abuelitas de buena Vista. Se lo veía mover los labios nerviosamente, pues de su boca no salía ninguna palabra, y la novena la tenía volteada patas arriba.

Amaneció, Una densa calma envolvía el ambiente. No se escuchaba movimiento alguno en dirección d los ucureños.

Las caras de los cautivos mostraban mucha palidez, estaban demacradas por el cansancio sufrido, a causa de la tensión vivida.

Se abrieron las puertas de las improvisadas celdas y oficiales del ejército ordenaron:

¡Todo el mundo de pie!

Diríjense en el más absoluto silencio a los camiones, así los sacaremos del cerco tendido por los milicianos.

Se había tomado la determinación de aprovechar que los indios, se encontraban borrachos y durmiendo; después de una orgía de tragos y euforia desenfrenada.

Uno de nuestros amigos, corpulento y alto, para descansar se había sacado las botas, que sirvió de bacenilla para algunos chistosos y desaprensivos. De imaginar fue la rabia que sintió cuando se las puso. Se escuchó un carajo tal, que hizo que todos pidieran silencio al damnificado.

Con la precaución necesaria los camiones se fueron llenando, los presos sentados al centro y los mineros parados alrededor de las carrocerías, codo a codo; para evitar que algún ucureños despierto los vieran y dieran la alarma, con consecuencias quizás irreparables para todos. Así se emprendió la huida hacia Guabirá.

La imponente mole de guabirá, cercana a la ciudad de Montero, se mostró en toda su majestuosidad, ante los ojos de nuestros héroes. Se entró a ella por un portón de grandes dimensiones, y dirigiéndose por calles internas; se llegó a la pista de aterrizaje del ingenio azucarero.

Muchas madres angustiadas, esperaban con el alma en vilo la aparición de sus hijos. Unas lloraban y se abrazaban a estos, otras vociferaban contra los sicarios del gobierno, echándoles en cara el ultraje a un pueblo y a los hijos de éste.

Abriéndose paso por entre la multitud apareció Guillermo Menacho, hombre de gobierno, rechoncho y de gran porte, que a pesar de ser lo que era, tenía un carácter afable y bonachón. Amigo de la familia de Orlando, buscó a éste y cuando lo tenía a la vista, llamó:

Ché Orlando, veni que tu madre está aquí, está tan desesperada que quiero llevarte a donde ella se encuentra.

¿Dónde está tu hermano?, preguntó.

Viene en uno de los camiones que están de último. Bien vamos entonces. Ya lo buscaré en un momento. El buenazo de Guillermo, agarró al muchacho de un brazo y lo llevó donde su madre. Señora Aída llamó.

Mi madre, con lágrimas en los ojos y abrazada a mí, preguntó por Mario.

No te preocupes mamá. Mario está bien. Viene atrás.

Tranquilícese señora Aída, no tenga pena por sus hijos y amigos, pues yo me ocuparé de que estén bien. Se lo prometo.

La odisea de la juventud cruceñista en su gran huida, terminó cuando se perdió de vista y se dejó de escuchar el rugir de los motores de los aviones C47 del ejército boliviano, que los llevó rumbo a Cochabamba y La Paz respectivamente.

COMENTARIO FINAL

Han pasado casi cuarenta años de las épicas jornadas cívicas, que llevaron adelante a la aplicación de la tan manoseada Ley de Regalías. Quiera que no, este episodio protagonizado por una muchachada, cambio el rumbo de la historia de este pueblo y fue el inicio del, Santa Cruz de Hoy.

Creo que es hora, de que a estos valientes, se les brinde el justo homenaje que se merecen, porque gracias a su arrojo y determinación, se logró un cambio en nuestro común destino, consiguiéndose formar la cruceñidad fuerte y sólida que hoy disfrutamos.

Es por esto que, lanzo un reto a los cruceños de hoy, el cual espero no sea al aire e inútil, pues creo que nuestros actuales dirigentes, no dejarán pasar de largo la idea de crear la gran “**AVENIDA DE LA CRUCEÑIDAD**”, en homenaje a esta brava muchachada de la Unión Juvenil Cruceñista; pues sólo así, podremos estar orgullosos de nosotros mismos.

Debemos recordar, que todo pueblo que no reconoce a sus héroes y se olvida de sus gestas pasadas, es culpable de la pérdida de su identificación. Cosa que a la larga complota contra su futuro.